

ecca educación

Lecciones inaugurales

Tercera entrega

ecca.edu

Número **3**

© Radio Ecca Fundación Canaria
Avda. Escaleritas, 64, 1.º
35011 Las Palmas de Gran Canaria
Información: info@ecca.edu.es
Tel.: +34 928 930 058
Web: <https://ecca.edu.es/>
NIF: G35103431

Coordinador de la edición
José María Segura Salvador, SJ

Consejo de Redacción
José María Segura, SJ
Gorety Almeida Hernández
Claudia Demetrio Verona

Edición
Grupo de Comunicación Loyola
Padre Lojendio, 2
48008 Bilbao – España
Tel.: +34 944 470 358
info@gcloyola.com
gcloyola.com

Fotocomposición
Rico Adrados, S. L. (Burgos)
www.ricoadrados.com

ISSN: 3045-719X

Sumario

- 5** **La sociedad del conocimiento**
Lorenzo García Aretio
-
- 18** **Un tiempo para la reconstrucción integral**
Julio Martínez Martínez, SJ
-
- 27** **La información,
la comunicación y la cultura de paz**
Federico Mayor Zaragoza
-
- 38** **La indiferencia moral en la época mediática**
Victoria Camps Cervera
-
- 50** **La historia de Radio ECCA
y de la educación en Canarias**
Jerónimo Saavedra Acevedo
-

La sociedad del conocimiento

Lorenzo García Aretio¹

Lección inaugural del curso 2003-2004

Abstract: Aretio examina la situación actual de la educación a distancia, destacando su relevancia en un mundo cada vez más impulsado por la información y la tecnología. Además, se discuten los modelos pedagógicos, las habilidades que se deben fomentar en los estudiantes y la irrupción de internet como factor transformador en los procesos educativos. Se subraya la necesidad de una educación a distancia de calidad, que incluya contenidos de alto valor pedagógico, tutoría integral, comunicación multidireccional, una estructura organizativa adecuada y una plataforma digital eficiente. La lección concluye con una invitación a reflexionar sobre el futuro de la educación a distancia, frente a los rápidos cambios tecnológicos y la necesidad de formar ciudadanos competentes en un entorno globalizado.

Palabras clave: educación a distancia, sociedad del conocimiento, digitalización, pedagogía, habilidades comunicativas, internet, aprendizaje colaborativo, tutoría integral, tecnología educativa, enseñanza virtual.

Mi perspectiva sobre la sociedad del conocimiento parte de la actualidad y mira hacia lo que se espera del desarrollo de internet.

Avanzaremos analizando la situación actual en varios frentes clave. Primero, observaremos los avances recientes en la educación a distancia y cómo se están desarrollando estos en la sociedad del conocimiento. Luego, examinaremos los desafíos y oportunidades que enfrenta este modelo educativo en un entorno que evoluciona rápidamente, impulsado por las nuevas tecnologías y la globalización del conocimiento. Evaluaremos también el papel que las instituciones educativas están desempeñando en la democratización del acceso al aprendizaje y el impacto de la educación a distancia en la formación continua de personas a lo largo de la vida. Asimismo, analizaremos cómo están respondiendo los Gobiernos y los organismos internacionales a estas transformaciones con políticas públicas, regulaciones y apoyo institucional. Finalmente, exploraremos el futuro de la educación a distancia, vislumbrando escenarios y tendencias que podrían marcar los próximos años en esta modalidad de enseñanza, con un enfoque particular en el fortalecimiento de la calidad, la inclusión y la equidad.

1. Doctor en Ciencias de la Educación y profesor titular de la UNED, titular de la cátedra UNESCO de Educación a Distancia. Director del máster en Enseñanza y Aprendizaje Abiertos y a Distancia. Ha sido director del Instituto Universitario de Educación a Distancia y director-fundador de la *Revista Iberoamericana de Educación a Distancia*. Ha publicado como autor único, editor o coordinador más de quince libros y más de ochenta artículos sobre la temática de la EAD y ha participado en diferentes proyectos europeos de investigación sobre esta temática.

La situación actual

Reflexionaremos sobre una serie de datos que vienen presentando organismos e instituciones que investigan el impacto de las nuevas tecnologías en nuestra sociedad.

El desarrollo de nuestras sociedades ha pasado por diferentes estadios. Tuvimos la sociedad preindustrial, donde utilizábamos el músculo humano y animal para transformar aquello que estaba a nuestro alcance; el recurso eran nuestras manos, nuestra fuerza, la fuerza de los animales. Pasamos después a la sociedad industrial, donde la energía mecánica y el dinero extendieron las posibilidades de nuestro cuerpo, de nuestras manos.

Nos encontramos ahora en la sociedad de la información. Contamos con un recurso nuevo: los datos. Y se produce un efecto diferente. Ya no se trata de la extensión de nuestro cuerpo, sino de la de nuestra mente. La telemática nos posibilita tener grandes almacenes donde se acumula la información.

Sin embargo, este no es el final. Más allá de la sociedad de la información, podemos acceder a la sociedad del conocimiento. El recurso que nos permitirá dar este salto es el de la educación. Los datos debidamente organizados se convierten en información y, gracias a la educación, esta información con sentido adquiere un significado que podemos aprender. Subrayemos la necesidad del aprendizaje: por mucha información de que dispongamos, si no la hacemos nuestra, no la asimilamos, no se convertirá en conocimiento.

La sociedad del conocimiento es la sociedad del aprendizaje. Es el aprendizaje el que puede convertir esa información, tan desordenada, tan amplia, tan inmensa, en conocimiento. Y en esto tenemos responsabilidad. La tienen los políticos que marcarán con sus decisiones y presupuestos las líneas a seguir. La tenemos principalmente los educadores.

Sin embargo, no estaríamos todavía en lo que, con la perspectiva actual, podemos entender como nuestra meta. Tendremos que avanzar hacia lo que justamente denominaremos la sociedad digital. Este paso requiere la integración de elementos que hoy están sobre la mesa: la información y la globalización. Si para el acceso a la sociedad del conocimiento el recurso era la educación, para provocar el advenimiento de la sociedad digital es el propio conocimiento el que funciona como recurso.

El reto es enorme. Sabemos que algunos estudios aseguran que el volumen de conocimiento disponible para la sociedad actual se dobla cada dos años. Quizá exageren, quizá suceda que solo consigue doblarse cada tres, cuatro o cinco años. Sin embargo, el dato no cambia sustancialmente: cada muy pocos años, el volumen de conocimiento disponible se dobla. Hoy mismo, mientras hablamos, serán publicados en torno a siete mil artículos científicos y técnicos. Los datos enviados por los satélites de las órbitas terrestres podrían llegar en torno a 19 millones de volúmenes cada dos semanas. Los graduados de la escuela secundaria de hoy, en países industrializados como el nuestro, han sido expuestos a más información que sus abuelos a lo largo de toda la vida. Para todo esto, la educación en general, y la educación a distancia en concreto, se convierten en materia importante.

Hace aproximadamente siglo y medio que nació la primera forma de educación a distancia. Se trataba de la educación por correspondencia. La incorporación de los medios de masas, la radio, en concreto, tuvo lugar en los años sesenta. Esta Casa es, sin duda, pionera en el tema. Posteriormente, algunos incorporaron la televisión, el vídeo u otros sistemas de audio. Si los años sesenta supusieron esa incorporación de los medios, en la actualidad se está dando el paso hacia la educación telemática.

Tiene ya su pequeña historia entre nosotros. En los ochenta tuvieron lugar unas primeras experiencias, a través de Telefónica, de Ibertex, aquellas experiencias de BBS que suponían la posibilidad de que alguien que estaba lejos, a través de un ordenador, pudiera conectarse y acceder a una información muy costosa, puesto que las conexiones eran carísimas.

En la década de los 90 del pasado siglo, empezamos a descubrir las posibilidades educativas de internet. Una auténtica revolución brindada a muchos sectores de la vida en general y de la educación en particular. Inmediatamente, en paralelo al desarrollo de esta nueva tecnología, aparecen propuestas de aprendizajes flexibles e inteligentes. Podemos tener nuestras reservas respecto a estos nuevos métodos, si suponen, como en algunos casos, la eliminación de la figura humana del tutor. Sin embargo, son un hecho.

Como es igualmente un hecho la movilidad de los sistemas de aprendizaje. El «aprendizaje móvil», inalámbrico, se configura ya como un nuevo reto en el desarrollo de nuestros sistemas de comunicación y de formación. Nuestros teléfonos móviles y nuestras PDA nos permiten conectarnos a sistemas de información y de aprendizaje originados a muchos miles de kilómetros.

Toda esta revolución viene cada vez más de la mano de propuestas economicistas. Las propuestas formativas están pasando del ámbito estrictamente educativo al ámbito del mundo de los negocios. Hoy por hoy, la educación/formación se está convirtiendo en un producto más del mercado. Si miramos las páginas salmón dominicales de los diarios más potentes a nivel nacional, nos encontraremos con ofertas de formación en todos los campos. La experiencia es similar en todo el mundo: los nuevos sistemas a distancia generan ofertas variadas de formación que, muchas veces, tienen calidad, pero que otras, además de caras, son un auténtico fraude, un escándalo que mantiene o aumenta la brecha que separa a los poderosos de los débiles.

La realidad es que en 1993, cuando aún balbuceaba internet, apenas había cincuenta páginas web. Hoy hay más de cincuenta millones de páginas web de información y es un dato que cada día queda anticuado. En 1998 utilizaron internet 143 millones de personas. En 2002, unos 700 millones. Un megabyte de memoria costaba más de 5000 dólares en 1970, era carísimo. ¿Se acuerdan ustedes de aquel ordenador que pesaba toneladas y toneladas, y que ocupaba una habitación inmensa y lo que hoy son los portátiles, los PDA, que llevamos en el bolsillo? Hoy, prácticamente con 10, 15 céntimos de euro, podemos adquirir esos megas. El transistor de un ordenador de los años 50 podría costar un dólar; en el año 96 ya costaba la millonésima parte del dólar.

La radio tardó treinta y ocho años en llegar a cincuenta millones de personas. Ese mismo número de personas fue alcanzado por la televisión en apenas

trece años. Internet tardó cuatro años en llegar a la misma cantidad de población. No podemos, por tanto, escudar nuestra permanencia en los métodos y tecnologías tradicionales a partir de una supuesta carga de elitismo en el grupo que tiene posibilidades hoy de acceder a internet. Mañana o, todo lo más, pasado, al igual que hoy la más pequeña chabola cuenta con su televisor, internet estará en buena parte de los hogares.

Somos conscientes de que en nuestros días el procesamiento de información, los chips, están incrustados en los utensilios de la vida cotidiana, como por ejemplo en nuestras cocinas y electrodomésticos, en nuestros automóviles, en la telefonía, en las máquinas expendedoras, etc. En efecto, las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) han penetrado todo el tejido social introduciendo cambios radicales en nuestra vida.

Todas estas novedades cuestionan directamente a los sistemas educativos. Más del 50% de los conocimientos que hoy necesitamos no los aprendimos en nuestro período escolar. Si nos preguntamos por lo que nuestros escolares estudian hoy, siempre nos quedarán múltiples perplejidades: ¿qué necesitarán de todo eso en el futuro? No podemos ignorar las necesidades que continuamente cambian en una sociedad de conocimientos en progresión permanente. En el ámbito digital, hoy se exige una formación permanente, una actualización, una puesta al día, un reciclaje para los nuevos requerimientos de la sociedad actual. La formación a distancia está claro que se ofrece como una respuesta muy adecuada a esas necesidades.

Los modelos

En un modelo de enseñanza-aprendizaje, deberíamos contar con los siguientes parámetros:

- a) Aprendizaje.
- b) Materiales-contenidos.
- c) Docencia.
- d) Interacción.
- e) Tecnología.

Los modelos que presento no son más que acciones formativas que ponen el acento en cada una de estas variables. Nuestra acción educativa siempre primó unas más que otras.

Al primer modelo lo denominamos magistrocentrismo. En él, el maestro, el profesor, el docente lo era todo. Todo se organiza en función de lo que el docente hace, de lo que el docente sabe, de lo que el docente programa; él es el centro absoluto de todo el proceso enseñanza-aprendizaje. Y esto se ha dado también en la educación a distancia.

La centralidad de los materiales educativos forma parte importante de la historia de la educación a distancia. Del maestro o profesor se pasó a la convicción

de que unos buenos materiales eran la clave para unos buenos resultados. Por eso, en las universidades a distancia, en la UNED, por ejemplo, existen materiales excelentes. ¿Son garantía de resultados igualmente excelentes?

El siguiente aspecto es la interacción. Estaríamos hablando del interaccionismo. El acento se pone ahora en el continuo intercambio de información, en la relación. Se trata de un modelo muy ligado a la corriente pedagógica constructivista. La construcción del conocimiento parte, entre otros factores, de la relación entre iguales. Básicamente, esa relación entre iguales solucionaría los problemas del aprendizaje, según este modelo.

Actualmente, las corrientes educativas nos llevan a un modelo que denominaremos psicopaidocentrismo. El niño, el adolescente, el joven, el adulto, en definitiva el que aprende, es el centro. Todo el esfuerzo lo tenemos que hacer girar en torno a ese agente, a ese actor principal del aprendizaje. Básicamente, todos estamos de acuerdo en que el centro del proceso educativo está en la persona, en el sujeto de la educación y en lo que este aprende, más que en lo que se enseña.

Sin embargo, hoy en día, las tecnologías nuevas irrumpen con fuerza arrolladora, tecnocentrismo. Algunos creen que esta irrupción simplifica el proceso: una buena tecnología garantizaría, a su juicio, el éxito del proyecto educativo. Nosotros entendemos que esto es un engaño. Aunque siempre nos queda la pregunta de cómo, en este momento tan innovador, están incidendo las nuevas tecnologías educativas en todo el proceso. Habitualmente nos preguntamos: ¿cómo afectan las tecnologías al docente, a la elaboración de materiales, a la interacción, al aprendizaje...?

Entiendo que deberíamos cambiar nuestra pregunta. No se trataría de comprobar cómo nos envuelven, cómo nos manejan las tecnologías, sino cómo podemos nosotros manejar, dominar, a las nuevas tecnologías. El docente hace uso de la tecnología que le interesa, para los fines que le interesan. De ese modo, nos iremos haciendo la misma pregunta para cada uno de los parámetros del proceso: ¿cómo pueden mejorarse con las tecnologías los materiales? ¿Cómo puede mejorarse la interacción? ¿Cómo puede mejorarse, naturalmente, ese es el centro, el aprendizaje, el alumno que aprende? Las preguntas se multiplican: ¿con qué intención procedemos en los procesos educativos? ¿Qué habilidades pretendemos hacer nacer? ¿Cuál es la pretensión final de nuestro trabajo?

Las habilidades

Objetivos muy concretos nos moverán dentro del desarrollo de cursos que afectan a disciplinas igualmente concretas. Pretenderemos que nuestros alumnos y alumnas lleguen a las primeras habilidades comunicativas, habilidades para la autonomía, colaborativas, cognitivas, dialógicas, adaptativas, de navegación. En dos palabras, se trata de aprendizajes valiosos. Aquí, el adjetivo no es superfluo. Se pueden enseñar muchas cosas, muchos aprendizajes pueden ponerse en marcha. Pero no todos ellos son valiosos. Las nuevas

tecnologías no nos eximen de la valoración de aquello que se convierte en proceso de aprendizaje.

Las habilidades comunicativas son, por ejemplo, un aprendizaje valioso: conseguir que nuestros ciudadanos y ciudadanas aprendan a comunicarse y aprendan a interpretar la avalancha de contenidos que les llegan a través de los medios de masas. Se tratará de un aprendizaje valioso para una nueva cultura digital.

El aprendizaje valioso será el que permita el desarrollo de las habilidades que hacen autónomo al sujeto, el que lo hace libre. Está bien aprender a leer y escribir. Pero no como pura grafía, sino como medio para la libertad. El aprendizaje digital será un aprendizaje valioso si es un aprendizaje que da autonomía a la persona. Si logramos que nuestros estudiantes lleguen a ser capaces de aprender por sí mismos, avanzamos en ese camino. El docente deberá enseñar cómo se aprende a aprender.

Pero la autonomía que buscamos, las habilidades que hacen libres, nos lleven a dar otro paso. Aprendizaje valioso será aquel que potencia las habilidades para el trabajo en entornos colaborativos. Tratamos de enseñar a trabajar con los demás, para los demás, de y desde los demás. Ahí hay aptitudes y virtudes, como la ética, la responsabilidad, el respeto al otro. Ni siquiera la enseñanza a distancia puede permitirse el lujo de una enseñanza que pretenda potenciar al individuo al margen de la realidad social y de grupo.

Buscaremos también las habilidades para relacionar lo aprendido a modo de habilidades dialógicas. En sentido horizontal sabrá relacionar con otras situaciones, hechos, circunstancias de la vida. En sentido vertical, lo que aprende hoy lo apoyará en lo que aprendió ayer, lo que aprendió hoy servirá de apoyo para el aprendizaje futuro. Se trata de un aprendizaje en diálogo y que enseña a dialogar con el entorno social y natural de la persona. En definitiva, formar a personas que van a ser más felices. Esos son los ciudadanos que han aprendido a dialogar, a moverse, a entender los mensajes que les llegan por los distintos medios.

En un mundo en cambio permanente, el aprendizaje potenciará las habilidades de predisposición a la adaptación. Necesitamos hoy capacidad para la anticipación a los cambios. Queremos que las personas no sufran auténticos traumas ante cualquier cambio, y estos, en la sociedad actual, no van a desacelerarse.

Sabemos que frecuentemente los aprendizajes se han planteado como procesos estancos. Pretenderemos aprendizajes interdisciplinares, globales, integradores. Todo está relacionado con todo, todo conforma sistemas. Pretendemos impulsar aprendizajes para la búsqueda, selección, procesamiento, sistematización de la información. Se trata de propiciar las denominadas habilidades de navegación. El contenido de la metáfora es claro: quien no sabe navegar se hunde.

El aprendizaje de todas estas habilidades es, como decíamos más arriba, un aprendizaje valioso. En realidad, todas esas habilidades señalan en una dirección: formar personas. El buen profesional lo será si es, a su vez, una persona educada. Pues bien, estos aprendizajes valiosos, aunque pueda resultar

difícil de comprender para quien no tiene la experiencia, se pueden lograr a través de una formación a distancia. Se trata de un diálogo didáctico a través de los medios. Digo diálogo porque la educación no existe si no hay comunicación; digo didáctico porque realmente se entiende que si queremos educar hay una relación, que, sin duda, es asimétrica: se trata de que unos pretenden que otros aprendan algo. Y estos procesos los pretendemos a través de los medios, hoy especialmente a través de internet.

Internet penetra la sociedad

La experiencia nos ha mostrado que la educación a distancia tiene virtualidades importantes. En primer lugar, la más obvia es la apertura, que permite llegar a muchas personas que, de otro modo, no podrían tener acceso a los procesos educativos. Del mismo modo, la flexibilidad temporal y de espacios caracteriza la enseñanza a distancia permitiendo que se adapte a la realidad del sujeto de la formación. Defendemos, además, que la educación a distancia tiene la virtualidad de ser más eficaz porque consigue un aprendizaje más sólido y consolidado, debido a la indiscutible implicación del alumno o alumna en el proceso. Finalmente, se trata de un sistema mucho más económico, incluso aunque todavía hoy los equipos de las nuevas tecnologías pueden resultar caros.

La apertura, la flexibilidad, la eficacia y la economía acompañan también como características al proceso de introducción de las nuevas tecnologías en la vida social. La llegada de internet potencia a la educación a distancia en estas cuatro virtualidades señaladas. Se nos ofrece una puerta a la mayor biblioteca que jamás nadie pudiera imaginar. Tenemos al alcance casi todas las fuentes de información y casi todos los contenidos que alguien puede suponer que necesita.

El poder de la información que se encontraba en manos de docentes y profesores, que habitaba en las grandes bibliotecas de las universidades, pasa a estar al alcance del alumno a través de una simple pulsación en el mando del ratón de su ordenador. Es cierto que todavía hoy los costes de ese clic no son accesibles a todos. Sin embargo, la posibilidad está ahí, y los costos, como hemos anotado al inicio de este acto, se reducen sin demasiadas dilaciones.

Estos cambios tecnológicos tienen un significado importante para los procesos de formación. Si hoy enseñamos a nuestros alumnos a navegar por internet, los estamos formando. El manejo de internet implica habilidades de navegación: búsqueda, sistematización, organización, procesamiento. Incluso en el caso de que el uso de los contenidos extraídos de la red fuera poco creativo, o vulgar copia, siempre habrá quedado el proceso de búsqueda y selección de esos materiales. Para obtener esos contenidos, el alumno habrá tenido que introducirse en un sistema de presentaciones mucho más dinámico e interactivo que el que propicia la relación de aula.

La educación a distancia encuentra en la red una ocasión espléndida para la presentación de los materiales de un modo innovador: color, movimiento, sonidos, interacción. Por supuesto, no será igual el proceso ante el alumno universitario de una institución como la UNED que ante el que se dispone a dar sus primeros pasos en la formación adquiriendo habilidades de lectoescritura, por ejemplo. Sin embargo, para uno y otro se abrirá la posibilidad del acceso disponible a multitud de fuentes.

El formato variable y múltiple de internet suele entrar en la educación a distancia a través de procedimientos asíncronos. Es decir, la preparación del proceso por parte de los responsables del mismo no se da al mismo tiempo que el uso que de ese sistema pueda hacer quien entra en la red y baja determinado curso, colgado en una página web. Sin embargo, también podemos contar con tecnologías que permiten la coincidencia temporal. El uso del denominado chat en los procesos educativos es ya una experiencia interesante. Del mismo modo, la presencia cada vez mayor de la videoconferencia supondrá un avance importante, aunque hoy todavía, debido a la barrera económica que suponen los precios, se trate de una tecnología minoritaria. Es decir, la interacción en internet ofrece posibilidades sincrónicas y asincrónicas.

El profesor puede pasar a estar más tiempo y simultáneamente en más sitios para los alumnos que en los formatos presenciales. A eso denominamos la teleubicuidad del profesor. La experiencia de la UNED nos sirve como ejemplo. Desde nuestra Cátedra UNESCO impartimos un Máster Internacional en Enseñanza y Aprendizaje Abiertos y a Distancia. Tenemos alumnos de veintiocho países. De ese modo, este profesor está, a la vez, en Perú, España, Ecuador, México o Argentina, impartiendo una lección o un material suyo o una intervención en un determinado foro.

Las dificultades personales para la relación por parte de determinados alumnos, esos que en el aula jamás levantarán la mano para hacer una pregunta, encuentran en este sistema una respuesta eficaz. Pulsando el botón, el profesor más cualificado ofrecerá una respuesta que también será accesible a la persona que emprende con timidez su aprendizaje. Y se da el mismo fenómeno en la otra dirección: quien no podría soñar en publicar, en divulgar su propuesta o idea, tiene en la red un modo fácil de hacer llegar a otros sus propias reflexiones.

Observamos que la llegada de internet a los procesos educativos ofrece una solución eficaz a la sectorialización excesiva del conocimiento. Los buscadores permiten el acceso a múltiples dimensiones de cualquier tema. Como muestra, basta con introducir, por ejemplo, el término *globalización* en cualquiera de los más populares buscadores de la web. La respuesta nos pondrá en contacto con aspectos económicos, sociales, culturales, religiosos, etc., de ese concepto.

Y, finalmente, por no seguir con esta inmensa relación de ventajas, señalamos las posibilidades que ahora nos está abriendo la movilidad, la comunicación inalámbrica, que no va a precisar de estos cables, que siempre son un pequeño obstáculo para nuestro aprendizaje, para nuestro movimiento y para poderlo hacer en cualquier lugar.

El bosque terminológico

Sin embargo, toda esta tecnología, más la red, más la información, que ofrecen inmensas posibilidades, no pueden obviar el esfuerzo educativo. La educación supone lo que aparece en esta diapositiva, pero también mucho más: conocimiento, sabiduría, habilidades, valores, hábitos, libertad, sociabilidad. La tecnología, más la red, más la información en sí misma no es educación. Los sistemas de información en sí mismos y por sí solos no son sistemas de aprendizaje. Con frecuencia, en la oferta actual en internet nos vamos a encontrar con una serie de neologismos que encubren la ausencia de proyecto educativo.

Así sucede que, junto al nombre de la institución (universidad, centro, instituto, colegio, corporación, unidad, departamento, facultad, escuela, empresa...), del programa o curso (área del saber o competencia profesional) o de la actividad docente o discente (educación, formación, enseñanza, instrucción, capacitación, estudio, aprendizaje...), se vienen agregando, bien como prefijo (*tele-*, y ahora la *e-* de *electrónico*), o como complemento o adjetivo (*distancia*, *abierto*, *virtual*, *en línea*, *basado en internet* o *en la Web*, *mediado por el ordenador*, *la telemática* o *la tecnología*, *electrónico*, *distribuido*, *colaborativo*, *entorno* o *ambiente virtual...*), una serie de condicionantes, determinantes o delimitadores de lo que queremos decir cuando de educar, enseñar, aprender, etc., se trata. Pues bien, desde una perspectiva no restringida, a todas estas formulaciones las podríamos integrar en la denominación matriz de *educación a distancia* (EaD).

Este disfraz terminológico se desmonta si nos preguntamos por los componentes necesarios de todo proyecto pedagógico. Aquellas siglas *EaD* (educación a distancia) que con frecuencia venimos utilizando y en las que, según nuestra opinión, caben todas las modalidades antes aludidas, las podríamos convertir en *EAD* para significar la forma más actual de «hacer» educación a distancia, la «enseñanza y aprendizaje digitales». Recogemos así en esta denominación tres términos fundamentales.

En lugar de aprendizaje electrónico, a solas, deseamos extender el hecho de aprender a la necesidad y posibilidad de enseñar. Es cierto que lo que debe importarnos más es el efecto de la enseñanza, es decir, donde debemos centrar nuestro interés es en el aprendizaje, pero no estará de más que no nos olvidemos de la enseñanza, del docente. Es verdad que este, durante siglos, se convirtió en el protagonista, olvidándose de que se podía enseñar sin estar generando aprendizaje. Aprender, esa es la clave, pero probablemente se logrará con buenos diseños, con excelentes docentes, con métodos apropiados, con incentivos puntuales, etc. Es decir, si garantizamos una enseñanza, una docencia de calidad, el beneficiado final será el que aprende. De ahí nuestro deseo de no olvidar el término *enseñanza*. Además, hemos de reconocer que, cuando se habla de herramientas para el aprendizaje, en realidad se están proponiendo más certeramente herramientas para la enseñanza.

En cuanto al término *digital*, señalaremos que tanto los formatos impresos como los de audio y vídeo, como los sistemas de comunicación, habituales en

la educación a distancia de generaciones anteriores, pueden hoy digitalizarse, es decir, convertirse en dígitos (números), muchos ceros y unos combinados convenientemente. En efecto, esa es la forma más actual de EaD, aquella que traslada los contenidos a soportes digitales y gestiona la información y la comunicación a través, igualmente, de dichos medios.

La enseñanza a distancia, incluso cuando se trata de aprendizajes digitales, requiere los tres elementos señalados. La tecnología no supe al que enseña, ni elimina, sino que potencia, la interacción. En ese sentido, la labor educativa necesita el refuerzo de políticas encaminadas a potenciar todos estos aspectos. Necesitamos profesores o docentes incentivados, ilusionados, con grandes estímulos, con gran capacidad para la formación, preparados, dispuestos. Entendemos que la figura del docente es central; que si esa figura funciona, habremos recorrido mucho tramo en nuestra pretensión. Sin buenos docentes, no hay buenos procesos de formación.

Requisitos para un sistema a distancia digital

Desde nuestra perspectiva, un sistema digital de enseñanza a través de internet es aquel que pretende facilitar el aprendizaje y mejorar su calidad, con el apoyo de las redes y tecnologías digitales en las que habrán de basarse recursos, contenidos y comunicaciones simétricas, asimétricas, síncronas y asíncronas.

¿Qué se precisaría para ofrecer un programa integrado en los sistemas digitales de educación o formación a través de redes con unas suficientes garantías de éxito? Nosotros señalaríamos como mínimos los siguientes cinco requisitos:

- Contenidos de calidad.
- Tutoría integral.
- Comunicación multidireccional con enfoque colaborativo.
- Estructura organizativa y de gestión, específica.
- Plataforma o soporte digital adecuado.

Las cuatro primeras características citadas venimos exigiéndolas desde hace más de dos décadas a los sistemas más convencionales de educación a distancia (EaD), lo que sucede es que en los entornos digitales esos cuatro requerimientos se muestran matizados y pueden verse potenciados.

Los contenidos pueden enriquecerse gracias a la diversidad de formatos que permite el sistema (texto, imagen, audio, vídeo...), integrados en los denominados *hipermedia* de alto valor interactivo. Estaríamos hablando de contenidos, pero de calidad científica y pedagógica, adaptados a estos sistemas digitales. Y nos referimos, igualmente, a contenidos elaborados específicamente para la acción formativa pretendida. A ellos, obviamente, deberán sumarse otros contenidos complementarios, de elaboración propia o específica, o recomendados, de otros autores, así como de diferentes sitios de internet.

Por su parte, la tutoría en estos entornos digitales se obliga a mantener un servicio casi permanente para el estudiante. Este debe tener abierta la puerta del despacho del tutor veinticuatro horas los siete días de la semana. Una buena tutoría en estos sistemas jamás debería demorar una respuesta más allá de 24 horas (48 si hay fines de semana o festivos de por medio). Al referirnos a tutoría integral, deseamos resaltar una acción de tutela que abarque la diferente problemática que encara un alumno participante en estos sistemas, tanto desde la perspectiva académica, de apoyo al aprendizaje de los contenidos objeto de estudio, como desde la perspectiva personal, de orientación y ayuda a la resolución de los diferentes problemas no estrictamente académicos que, sin duda, deben afrontar los estudiantes de un curso soportado en la Web. Según los diferentes modelos adoptados, la índole del curso, el número de alumnos, etc., esta tutoría puede ser desempeñada por una persona o más; en este caso, cada una de ellas especializada en alguno de los diferentes ámbitos.

Comunicación multidireccional hace referencia a una de las virtualidades fundamentales de estos sistemas de enseñanza y aprendizaje en entornos digitales. La constitución de comunidades de aprendizaje basadas en estos entornos (mal denominadas, desde nuestra perspectiva, comunidades virtuales) se viene mostrando como una de las apuestas más ventajosas de estas nuevas formas de enseñar y aprender. La potencialidad de las tecnologías colaborativas ha dimensionado hasta límites insospechados tanto las posibilidades de aprendizaje entre pares como la comunicación asimétrica entre docentes y alumnos.

La estructura organizativa y de gestión, igualmente, ha de adoptar un enfoque específico y muy diferente de los mantenidos tanto en la enseñanza presencial como en la más convencional enseñanza a distancia. Organización de las competencias y tareas docentes, gestión de las mismas, diseño del aprovechamiento de la plataforma o entorno utilizado, gestión del seguimiento personal, académico, administrativo, y de la evaluación de los alumnos, organización de los diferentes ámbitos de interacción, etc.

Finalmente, se hace necesario, para adecuarnos al título de esta lección inaugural y a la definición aportada al principio, el soporte correspondiente. Lo ideal es contar con una plataforma o entorno virtual que, como mínimo, posibilite anclar allí los contenidos en sus diferentes formatos, ofrecer todas las posibilidades de comunicación vertical, horizontal, síncrona y asíncrona, y facilitar los trabajos en equipo, los procesos de evaluación y la gestión de alumnos. Aunque no olvidemos que internet favorece la posibilidad de acometer acciones formativas con diseños más sencillos y económicos, basados en un sitio web suficientemente diseñado (de bajo coste), el correo electrónico (puede ser gratuito), una lista de distribución y foros (igualmente gratuitos) y un sistema más o menos automatizado para la remisión y devolución de trabajos y pruebas de evaluación.

Lógicamente, todos estos presupuestos nos llevan a afirmar que, disponiendo de un adecuado soporte digital o entorno virtual, un sistema de enseñanza en esta modalidad debería contar con una metodología pedagógica singular y específica. Así, los contenidos de calidad científica contrastada

habrían de presentarse de forma metodológicamente correcta, al igual que la tutoría integral. También la dinamización de la comunicación multilateral ha de seguir unos parámetros metodológicos adecuados. Por lo demás, los aspectos organizativos y estructurales deberán adaptarse al adecuado funcionamiento de la citada metodología.

Quiere esto decir que de nada sirven las propuestas formativas que se basan en una fabulosa plataforma o entorno virtual para el aprendizaje si esta se encuentra vacía de contenidos, o los allí anclados carecen de calidad o están metodológicamente desenfocados. ¿De qué serviría, por otra parte, contar con plataforma y contenidos si no se dispone de docentes y tutores bien capacitados y dispuestos a desarrollar su acción formativa de acuerdo con unos parámetros propios de esta modalidad?

¿Cuánto valor se perdería si, contando con plataforma, contenidos y tutor, este no dinamizara al grupo ni aprovechara las posibilidades de interacción y trabajo colaborativo de estas tecnologías? ¿Cómo prescindir, en fin, de los aspectos organizativos y de gestión que implican la división de funciones en el organigrama del programa o curso, la estructura de la propia plataforma y la forma e intensidad del uso de cada una de las herramientas didácticas y de gestión que ofrece la misma?

Invitaciones y conclusiones

Bueno, es evidente que ante todo esto, mis amigos, y ya termino, necesitamos documentarnos, formarnos, investigar, debatir, reflexionar con la idea de hacer esa educación a distancia que todos queremos, mucho mejor, dando un mejor servicio a la sociedad. A través del centro de recursos de la Cátedra UNESCO de Educación a Distancia (CUED, www.uned.es/cued), podemos disponer de información y documentación sobre educación a distancia en gran cantidad y organizada por áreas. Es igualmente recomendable inscribirse en la lista de distribución *Cuedistancia*, (<http://www.uned.es/cued/cuedis.html>), gratuita, como una oferta accesible para la discusión y el debate. En ella participan ya cerca de dos mil profesionales de la educación de España y América Latina, que debaten diariamente sobre la más diversa problemática de la educación a distancia. El *Boletín Electrónico de Noticias de Educación a Distancia* (BENED, www.uned.es/bened), que se actualiza recogiendo lo que está pasando en el mundo dentro de este ámbito, es también un recurso importante al que se tiene fácil acceso. Como oferta formativa destacada de la CUED, contamos con el Máster Internacional en Enseñanza y Aprendizaje Abiertos y a Distancia (www.uned.es/master-eaad), que ofrece formación de alta calidad en este campo.

Quiero terminar con dos reflexiones.

En primer lugar, somos conscientes de que, mientras que la vida humana se alarga, el ciclo de los conocimientos se acorta, y esto se hace más patente en la propia vida de las tecnologías que con esfuerzo cada día aprendemos a

utilizar, y cuando ya dominamos esas habilidades nos damos cuenta de que ese conocimiento quedó obsoleto ante la irrupción de una nueva aplicación tecnológica, evidentemente, superior a la ya dominada.

Y la segunda reflexión es que se van a producir mayores cambios en las próximas tres décadas que los que se han producido en las últimas tres centurias. Pienso que la educación a distancia puede aportar algo a todo esto.

Un tiempo para la reconstrucción integral

Julio Martínez Martínez, SJ¹

Lección inaugural del curso 2020-2021

Abstract: Lección impartida durante la apertura de curso en Vigo, con una reflexión sobre la necesidad de una reconstrucción integral en la sociedad tras la pandemia de COVID-19. Destaca la importancia de revitalizar tanto las instituciones como la vida personal y social, poniendo énfasis en el crucial papel de la educación en este proceso. Martínez subraya que la pandemia ha evidenciado tanto la vulnerabilidad humana como la necesidad de una acción colectiva y solidaria para enfrentar los desafíos. También advierte sobre los peligros de la polarización política y la erosión de los valores fundamentales, abogando por un enfoque que combine reconstrucción social con desarrollo personal, poniendo en el centro el cuidado de la vida, la justicia social y la educación.

Palabras clave: reconstrucción, COVID-19, educación, vulnerabilidad, solidaridad, justicia social, polarización, fraternidad, desarrollo personal, instituciones.

Para ECCA, a diferencia de casi todas las demás instituciones, estos meses tan atípicos que hemos pasado han sido meses de continuación en su actividad e incluso de intensificación de sus acciones con el alumnado. Ha continuado desarrollando su formación a su ritmo y en su casa, porque la tecnología avanzada, propia de la educación a distancia, lo que se conoce como el sistema ECCA (el material didáctico de la clase grabada y la acción tutorial), se basa en el uso de elementos interdependientes que han seguido funcionando a pleno rendimiento en estos tiempos de pandemia, en los que los modos de relacionarse y las formas de estar y de hacer se han visto tan alterados.

La educación a distancia y la atención deslocalizada se han visto ciertamente revalorizadas. Solo un par de datos que a mí me impresionan para poner de relieve la labor de ECCA: estamos hablando de una institución con un recorrido de más de 56 años, en los que ha atendido a dos millones y medio de personas en España, África y América. Miles de personas han podido «elegir su camino».

Les invito ahora a mirar el fenómeno totalizante y de alcance mundial que estamos atravesando. Tiene forma de vórtice, alrededor del cual se han movilizadas todas las estructuras, contradicciones y potencias de este mundo. Todo se ha visto afectado y orientado por esta enfermedad mundial, que ha generado situaciones en las que se han puesto de manifiesto la grandeza humana y las

1. Doctor en Teología por la Universidad Pontificia Comillas. También es Licenciado en Ética Teológica y Filosofía. Ejerce como profesor de Teología Moral y Filosofía Social y Política en la misma universidad. Su principal área de estudio se centra en la religión en la vida pública y las relaciones entre liberalismo y catolicismo. Desde 2012 es rector de la Universidad Pontificia Comillas y en 2014 fue elegido vicepresidente de la Conferencia de Rectores de las Universidades Españolas (CRUE).

fortalezas donde apoyarnos, pero también ha dejado ver lo peor. La pandemia ha acelerado procesos y ha servido de catalizador de tendencias que, en mayor o menor medida, ya estaban en marcha, afectando a las experiencias más íntimas y familiares, a las relaciones internacionales y a los procesos electorales.

La covid está provocando, desde hace meses, una persistente y masiva destrucción de vidas y de tejido económico y social, además de traumas en la población por las pérdidas y por los cambios obligados en las relaciones. También está provocando déficit en la formación de las generaciones más jóvenes que amenazan con convertirse en auténticos problemas. Y todo esto por una partícula de código genético –no le podemos llamar ni siquiera *ser vivo*– minúscula y aparentemente insignificante, con una capacidad portentosa de diseminación y contagio que está poniendo en jaque al ser humano.

Ni el presidente de la nación más poderosa de la Tierra se ha librado de sentir en propia carne la fragilidad de la vida humana, que necesita ser cuidada. Aunque es verdad que, a la hora de los cuidados, el nivel de atención de unos y otros difiere radicalmente: al presidente en EE. UU. le habrán atendido no menos de treinta médicos con todos los tratamientos, tanto probados como experimentales, y para muchos millones de personas, la atención brilla por su ausencia. Ante la covid, aparece la conciencia de vulnerabilidad a un nivel micro, es decir, la que afecta a cada una de las personas, pero también se vuelve experiencia común y compartida la conciencia de vulnerabilidad del planeta entero, la que a mí me gusta llamar «la macrovulnerabilidad». De hecho, toda la humanidad está siendo puesta a prueba.

Para superar los destrozos de la pandemia, se ha puesto de moda la palabra *reconstrucción*. Es una palabra que en estos meses ha sido usada de forma corriente en los medios de comunicación y que ha estado presente en las infinitas conversaciones que mantenemos sobre cómo superar los terribles efectos de la covid-19. Hubo una comisión en el Congreso, poco exitosa por cierto, que se llama de Reconstrucción Social y Económica, y el Gobierno ha presentado un plan de recuperación, transformación y resiliencia que quiere movilizar 500 000 millones de euros.

Personalmente, sí que le he dado crédito a la palabra *reconstrucción*, porque es tan destructiva y totalizante la pandemia que nos va a exigir reconstruir, pero siempre me ha parecido mejor ponerla al lado de otros términos, como *recuperación* o *reactivación*, pues afortunadamente no todo va a tener que ser reconstruido. Hay cosas que más bien tendrán que ser reactivadas o recuperadas. Distinto es que, viendo cómo van las cosas, pareciera que algunos, para conseguir la reconstrucción, antes tienen que pasar por la demolición, demolición de fundamentos de la vida personal y social. Voy a exponer brevemente tres frentes que, para mí, ilustran este peligro que trato de señalar. Uno atañe al orden constitucional y se refiere, por tanto, a la estabilidad de la sociedad. Otro, al derecho a la vida y afecta al núcleo de la dignidad de la persona. Y otro, a la incapacidad de buena parte de nuestros políticos para dialogar y ponerse de acuerdo.

El primer frente, a mi entender, puede socavar el prestigio y la legitimidad de las instituciones básicas del Estado. Si se minan los pilares del pacto

constitucional y si se daña irreparablemente el marco jurídico-político, creo que hablar de reconstrucción social y económica va a ser retórica hueca, por muy buen *marketing* que la rodee. Ya pueden llegar a España ingentes flujos financieros de la Unión Europea, que sin estabilidad institucional y confianza pública, la ansiada prosperidad inclusiva y sostenible se puede ir alejando cada vez más de nuestro horizonte. Es preciso recrear redes, redescubrir valores y regenerar instituciones, pero no destruirlas.

Otro gran asunto destructivo se refiere a la erosión de la cultura de la vida. Sé que la conciencia de la gravedad de esto es menos compartida por el conjunto de los ciudadanos. En parte porque durante años se ha ido creando una opinión pública favorable al derecho a elegir una muerte definida, a mi juicio, impropia como digna por el hecho de ser elegida. Pero mal negocio es golpear el derecho a la vida, fundamento de todo orden jurídico y de todo derecho, incluido el de la libertad humana, cuando han muerto miles de personas, en muchos casos dejadas a su suerte, y muchos padecen la situación postraumática de haber enfermado o sufrido pérdidas de seres queridos sin poder acompañarlos y despedirlos decentemente. En lugar de entonar un *mea culpa* por cómo les hemos fallado y de hacer propósitos firmes de defender la vida humana, se atizan otras brasas; mal cimiento, a mi juicio, para reconstruir.

Y el tercer frente es la crispación política y el frentismo que impide diálogos verdaderos para adoptar acuerdos necesarios. La inmensa mayoría de los ciudadanos demanda concordia y cooperación. Pedimos que se alcancen acuerdos reconociendo que exigen legítimas diferencias en los puntos de vista y también sobre cuáles pueden ser las medidas para afrontar el futuro. La gravedad de la situación exige unidad, unidad en las cuestiones de fondo, y respeto y colaboración entre todos; especialmente se deben evitar dualismos que simplifican falsamente los problemas y generan siempre frentismos. Desoír la petición casi unánime de un nuevo consenso de reconstrucción, tal como está haciendo buena parte de nuestros políticos, es un despropósito que nos puede llevar a la ruina si no se para pronto.

Es verdad que hay municipios y regiones del país en los que se han practicado el diálogo y el encuentro, y es justo celebrarlo y agradecerlo, porque es el signo del liderazgo de servicio de las personas con visión del bien común. A mi juicio, un mapa de la reconstrucción y recuperación a medio plazo incluye prácticamente todas las dimensiones de la sociedad y obliga a una capacidad de mirada sistémica, estratégica y profunda, porque hablamos de una reconstrucción integral que debe movilizar a la sociedad civil para que cale en la gente, active sus fuerzas más creativas y genere una sociedad resiliente, proyectando un nuevo espacio público de bienes comunes que integre a la administración pública con los entes de titularidad no pública en un nuevo contrato eco-social, un nuevo marco colectivo que ponga en el centro el cuidado de la vida personal y social.

Esta propuesta se da de bruces contra medidas que pudiesen pretender, por ejemplo, perjudicar la capacidad de propuesta de la iniciativa social en materias educativas. No solo las entidades de titularidad pública contribuyen

al bien de la sociedad. Creo que este momento nos pide generar sinergias entre el Estado y la sociedad civil, como bien sabe y bien practica ECCA.

Pero la reconstrucción necesaria no es solo social; es también personal. Una sociedad se renueva si las personas lo hacen. Debemos hacer examen de conciencia personal y colectivo sobre qué vida llevamos. Es a las personas a quienes compete el desarrollo de actitudes morales fundamentales en la convivencia, como la justicia, la honradez, la veracidad, que no pueden esperar de otros o ser delegadas en las instituciones. Hay una llamada a un estilo de vida más sencillo, más solidario, más profundo; una llamada a pensar sobre lo que es esencial y, por tanto, a alterar en cierto grado la escala de valores de la propia vida y de la sociedad.

La pandemia no solo proporciona una discontinuidad para repensar y revalorar la vida personal y pública, sino que también causa y está causando grandes traumas en la gente. Un alto porcentaje de la población ha sufrido impactos psicológicos severos, que se manifiestan en preocupación como mínimo, en angustia, en depresión, en abulia. Hay un dato impactante: casi un cuarto de los españoles no puede afirmar positivamente que su vida tenga sentido y un alto porcentaje de la población dice que no siente paz ni armonía interior. Además, hay estimaciones fidedignas que hablan de que una buena parte de los sanitarios ha desarrollado síntomas compatibles con la depresión y la ansiedad.

Nos encontramos, pues, ante una situación postraumática que padecen, en distintos modos y grados, quienes han enfermado, han cuidado, han sufrido pérdidas de seres queridos o están sufriendo la destrucción del empleo y de las empresas. Todo esto lo padece, con mayor o menor intensidad, la inmensa mayoría de la población. Piensen en todas las personas que se han visto en la imposibilidad de despedirse de un ser querido en el momento final de la vida.

La covid ha dejado secuelas en un número muy elevado de personas que necesitarán apoyo para superarlas. Las familias que tenían en residencias a sus mayores han sufrido experiencias internas muy complejas cuando estos han fallecido. Nos encontramos también con personas que se han visto superadas y, por miedo e incertidumbre, no han podido o no han sabido acompañar a sus seres queridos, y eso les puede causar remordimientos que hay que poner bajo la mirada de la reconciliación y en procesos que ayuden a ello, una comprensión integral del duelo personal y colectivo que debemos afrontar. Este proceso requiere de símbolos y ritos, de elaboración y de cierre, que nos humanicen.

Los ritos hacen habitable el tiempo, lo ordenan y ayudan a que los hechos tengan sentido, como ha escrito el filósofo coreano afincado desde hace décadas en Alemania Byung-Chul Han en su última obra, *La desaparición de los rituales* (2020). A través de ellos experimentamos corporalmente la comunidad y se puede producir la reconstrucción personal y colectiva. Es preciso promover espacios de acogida, de escucha mutua, de reconocimiento personal y de acompañamiento fraterno, donde podamos compartir palabras capaces de desvelar el misterio que ha estado presente en el tiempo de la pandemia y que quiere revelarse como fuente de vida y esperanza también en medio del dolor y del sufrimiento.

Es necesario custodiar la memoria de la experiencia vivida en su verdad e integridad; la memoria, por supuesto, de las víctimas, pero también la memoria de quienes han derrochado generosidad, algunos dando incluso su propia vida. Para poder construir y reconstruir en profundidad, es preciso mantener el recuerdo de lo vivido y extraer sus enseñanzas. Esa memoria supondrá el resorte necesario para afrontar el futuro y la instancia crítica que prevenga manipulaciones.

Y la reconstrucción, a mi modo de ver, también llama de una manera muy potente a la deliberación y al discernimiento en la reflexión ética. Aparecen nuevos desafíos que están por discernir. ¿Será la biopolítica el nuevo paradigma de la política en la era pos-covid? ¿Cuál será el rol de la digitalización en la salud? ¿A dónde apuntan las peliagudas cuestiones de la protección de datos, de la ciberseguridad y de la resolución de conflictos? ¿Será posible un nuevo humanismo tecnológico caracterizado por la humildad, la transparencia y la reconstrucción de la confianza en la ciencia y en las instituciones?

En el momento de actuar ha habido mucha reacción, pero yo creo que ha faltado mucha capacidad de reflexión. Se han detectado graves problemas de diseño en el modo de organizar y de actuar. Por ejemplo, se han impuesto restricciones dilemáticas que ponían a la población entre extremos como vida y muerte en vez de seguir enfoques problemáticos que apreciaran la complejidad y permitieran arbitrar soluciones ponderadas. Las implicaciones de este modo dilemático de razonar se aprecian, como probablemente en ningún otro, en un caso paradigmático que se transformó en problema durante lo más crudo de la pandemia y que parece que se ha resuelto: la casi absoluta exclusión del acompañamiento de la asistencia espiritual durante el proceso de morir de muchos pacientes.

Muchos de nuestros conciudadanos han muerto solos y sin asistencia espiritual porque la solución ha sido aplicar una regla general de manera taxativa para todos los casos, obviando la mínima reflexión acerca de las posibilidades de haber facilitado un mínimo acompañamiento o asistencia espiritual humana, que se consideran como secundarios e incluso como prescindibles. Sucumbiendo al «dilematismo», se bloquean la reflexión y la deliberación y se imposibilita el discernimiento.

De la crisis sanitaria también forma parte una noción espeluznante de utilidad social, convertida por algunos agentes en criterio para tomar decisiones sobre la atención clínica de las personas enfermas y descartar algunas de ellas. Ha quedado la impresión de que se establecieron el rango de edad o la discapacidad como criterios para excluir a las personas de la atención hospitalaria, sea porque así se ha procedido, sea porque no se ha sabido comunicar lo que se iba a hacer. Y ahora conviene hacer una crítica seria y rigurosa de lo que se ha hecho y de cómo se ha hecho, a fin de prepararse correctamente para escenarios futuros: por ejemplo, el escenario, que esperamos que sea inminente, de la administración de la vacuna. Si es duro que el virus ataque con mayor letalidad a los más mayores, aún lo es más darse cuenta de cómo nuestra sociedad ha fallado clamorosamente a la hora de atenderlos, acompañarlos y salvarlos. La catástrofe que ha causado la pandemia en las residencias de mayores y personas dependientes no deberá convertirse, creo yo, en un arma

de generalización y crítica indiscriminada, sino en un revulsivo para discernir cómo mejorar el modelo de atención a nuestros mayores y ver, como dicen algunos expertos, si existen modelos más comunitarios que puedan evitar el desarraigo y la gentrificación.

Tenemos la obligación de intentar transformar el dolor en oportunidad para humanizar la atención. La pandemia, en mi opinión, llama a desarrollar y humanizar más el sentido ético de las sociedades en su conjunto y, especialmente, en los centros de decisión que afectan a la salud y a la vida. Esto tiene que ver con favorecer una cultura del encuentro que rompa «frentismos» y tienda puentes; que genere diálogos para alcanzar consensos de reconstrucción y de reactivación. Si miramos al ámbito económico y el empleo, lo que encontramos es poco esperanzador. La paralización casi total de la actividad económica durante los meses de confinamiento, junto al hecho de que lleva meses a medio gas, está provocando inevitablemente una crisis económica durísima que afecta a las personas, a las familias; a muchas, pero especialmente a las más vulnerables. Empresas que se ven obligadas a cerrar sus puertas, miles de trabajadores autónomos a los que les está siendo imposible mantener abiertos sus pequeños negocios. Esperamos que los ERTE puedan salvar parte de los empleos, pero se está produciendo un fuerte aumento en el número de personas que pasan a quedar sin empleo, lo que empuja a miles de familias a situaciones económicas muy difíciles y genera en esas personas una inseguridad enorme sobre su futuro laboral. Hay señales evidentes que apuntan a un importante aumento de la tasa de riesgo de pobreza y de desigualdad social, y es muy probable que se produzca un aumento de gran magnitud en la exclusión que llamamos severa.

Ante esto, es tiempo de reconstruir apostando por la prosperidad inclusiva y sostenible a la que legítimamente aspiramos, y ello pide, como vuelve a decir el papa Francisco en su última encíclica, *Fratelli tutti*, que la política no se subordine a la economía, pero, eso sí, que sea una política que busque el bien común y que ponga a las personas en el centro; una política que tenga la justicia y la equidad social como criterios que presidan su acción. Que todos dirijamos nuestros esfuerzos a no dejar a nadie atrás, tierra, casa y trabajo para todos, porque la justicia social exige poder ser participantes activos todos en la vida de la sociedad, constructores de ciudadanía universal, empezando por la local. Y esto, en nuestro entorno, hoy por hoy, dista mucho de la realidad que encontramos. Pedir que la política recupere espacio sobre la economía no implica en absoluto un rechazo de la economía ni de sus actores. Hay que asumir que el sistema económico de mercado no se podrá sostener, ni hacer sostenible el mundo, si las empresas no se hacen más sociales y ecológicas. Es necesario un cambio estructural en la cultura de las compañías para que estas tengan una idea integral del ecosistema social. Compañías que busquen la sostenibilidad y el desarrollo sostenible en toda la cadena de valor, desde los lugares donde sus proveedores extraen materias primas hasta el reciclaje tras el consumo por parte de sus clientes finales.

La mayor parte del desempleo se va a sufrir entre los jóvenes y entre las personas mayores de 45 años expulsadas de sectores de empleo en destrucción, reestructuración o sin posibilidades de conversión. Es un hecho que el nivel

formativo de un tercio de nuestros jóvenes y también de las personas inmigrantes, en nuestro país, de los más bajos de la Unión Europea, y que eso dificulta su empleabilidad. Es muy patente que la formación importa decisivamente a la hora de emplearse. Un dato que pocas veces se tiene en cuenta es que las personas en desempleo muestran algunas condiciones extremas de soledad. Según estudios llevados a cabo en la Universidad de Comillas, entre los desempleados se triplica la falta aguda de compañía, y casi se triplican el aislamiento social extremo y la carencia de personas con las que poder hablar con confianza. Cerca del doble entre los grupos de parados respecto de los que tienen trabajo dicen carecer de amigos. La lucha contra el desempleo debe comenzar por impedir estos altos niveles de desconexión social y de sentimientos de abandono. Este aislamiento dificulta cualquier proceso de formación y activación en el que se pueda invertir. El acompañamiento social de las personas que sufren desempleo deberá formar el primer pilar de cualquier política de empleo.

También hay otro pilar esencial, el acceso a la formación, que moviliza a las personas para que despierten sus capacidades y las puedan convertir en libertades. La formación se torna decisiva en la empleabilidad, y todos los esfuerzos por impedir que la gente abandone sus estudios han de ser muy apoyados. ECCA se encuentra entre las instituciones que ponen condiciones para que las personas puedan recibir una educación de calidad a distancia, para que todas las personas puedan desarrollarse integralmente y ganar el futuro con la educación y las capacidades que a través de ella se consiguen. Ciertamente, ECCA es una oferta de valor que se ve consolidada y reforzada en estos tiempos tan críticos porque pone a la persona en el centro como protagonista y porque tiene como principal objetivo el crecimiento personal e integral en sus casas. Porque asume la tarea educativa como una participación en la construcción de una sociedad plural, respetuosa y solidaria, con un modelo de educación liberadora, humanizadora y propiciadora del diálogo intercultural e interreligioso, de componente ético y de conciencia ciudadana. Promueve los derechos humanos, la solidaridad nacional e internacional, el respeto a la defensa de la naturaleza y el medio ambiente y la igualdad de derechos y deberes entre hombres y mujeres.

En fin, es una propuesta para combatir las situaciones de creciente desigualdad económica y como un paradigma educativo basado en un modelo activo y participativo para lograr el aprendizaje significativo. No viene mal recordar aquí la máxima principal de la educación, que no es tanto que enseñemos como que las personas aprendan. Si miramos un poco las características del modelo educativo de ECCA, encontramos unas grandes ventajas: el sistema modular, que permite incorporarse a los alumnos en cualquier momento del curso y elegir las asignaturas que quieren cursar en ese momento; la educación adaptada a las circunstancias personales; la oferta multicanal, semi-presencial, de plataformas educativas, de redes sociales, de WhatsApp, de distintos móviles, de aprendizaje ubicuo, con contenidos formativos desde un enfoque multicompetencial y de atención de veinticuatro horas, siete días a la semana. Es decir, centros que rompen la barrera espacio-temporal. Especialmente reseñable me parece el valor asignado a las tutorías como espacio de acompañamiento donde no solo se resuelven dudas, se orienta, se

recogen trabajos de evaluación y se desarrolla la evaluación continua, sino que también se acompaña de verdad a las personas. La metodología de trabajo de ECCA está basada en las teorías ecosistémicas que ponen en valor las alianzas en el ámbito geográfico y territorial de actuación con los servicios sociales, con los equipos de orientación de los centros educativos, con las ONG, como es el caso de Entreculturas, y que hace posible un trabajo colaborativo y vertebrador donde se resalta y se pone en el centro a las personas para ese proceso de construcción y de transformación, el ecosistema que puede favorecer un pacto ecosocial.

Hay que echar una mirada a cómo esta pandemia ha puesto en jaque y ha hecho responder al conjunto de la educación en los distintos niveles, incluidos los niveles universitarios.

Durante el confinamiento, los centros han mantenido en gran medida la actividad educativa en las diferentes asignaturas, pero también sabemos que se han producido o se han destapado diferencias muy importantes que tienen que ver con la brecha digital y con las condiciones socioeconómicas. Se han puesto en marcha muchas acciones para garantizar la equidad, con la meta de adaptarse a cada estudiante, para salvar esa brecha y para buscar creativamente alternativas. La acción tutorial, el acompañamiento emocional a estudiantes y familias han sido muy importantes, pero tienen que seguir siéndolo.

También lo es la conexión de la comunidad educativa, la cohesión de los claustros de profesores, de asociaciones de familias, de equipos directivos y de la titularidad de los centros. La crisis ha desvelado lo mucho que tenemos por hacer y las diferencias que hay entre las familias a la hora de utilizar adecuadamente los medios tecnológicos. Las perspectivas a corto plazo están muy determinadas por las políticas educativas, y por eso se requiere de una manera especial la participación de la comunidad educativa en la deliberación pública de las decisiones que se están tomando y que pueden poner en riesgo algunos valores fundamentales de la libertad y de la equidad educativa. Creo que es fundamental que las decisiones públicas en materia de educación cuenten con la suficiente deliberación democrática y la participación plural de los sectores de la comunidad educativa, y que no nos precipitemos en los cambios legislativos. Quiero enfatizar algo que para mí tiene también mucha relevancia y aprovechar la experiencia para que nuestros niños y jóvenes extraigan de la pandemia lecciones de vida. Posiblemente ahí está la lección más fuerte y disruptiva que muchos podamos vivir a lo largo de nuestra vida, y no aprovecharla es una absoluta incongruencia. Saldremos de la pandemia mejores o peores según vivamos la experiencia, y, en efecto, la experiencia, me gusta recordar, no es lo que nos pasa, sino lo que hacemos con lo que nos pasó. Por eso, nos puede hacer mejores si elegimos el bien o nos puede hacer peores si no acertamos a elegirlo. Aquí está el inigualable valor del discernimiento y la elección para la reconstrucción integral de las personas, y también para la reconstrucción integral de la sociedad.

La juventud ha tenido una experiencia de muerte, pero también ha visto la solidaridad, o si acaso lo contrario. Han convivido intensamente con sus familias en condiciones excepcionales, han tenido o han dejado de tener una experiencia de interioridad, han visto pensar sobre un hecho histórico desde

distintas claves: la sanitaria, la ecológica, la internacional, la política... Han contemplado escalas de valores diferentes y han visto que hay formas de servir a la sociedad que no son solo las de los futbolistas o los *youtubers* o los famosos. Es preciso profundizar en todo lo que ha pasado para que se pueda transformar en experiencia. Esa es una vía magnífica de educación integral.

Qué bueno sería implementar en los centros y en los programas esos espacios de especial reflexión y profundización, dentro de esta dimensión general de la reconstrucción personal, que implica el redescubrimiento de lo esencial. En definitiva, son los valores y las cuestiones de fondo lo que realmente nos va a permitir salir de esta crisis y reconstruir tanto el tejido socioeconómico como el capital humano y personal. Es precisa la renovación vital de la sociedad, de las personas, de las familias, de las colectividades en que participen, pero solo será posible si trascendemos la coyuntura actual para mirar el horizonte; si trascendemos las disputas superficiales para ponernos de acuerdo sobre los problemas de fondo; si nos comprometemos con lo local desde el compromiso y la amistad social que nos abre a la fraternidad universal con todos los seres humanos, y si no excluimos el cuidado de la Tierra y de las generaciones futuras. Solo con este sentido de la elevación podemos superar la crisis, salir mejores de lo que éramos y poner los medios para evitar que crisis de similares características vuelvan a dañarnos tan profundamente. En ello tiene un rol central la educación.

La realidad que estamos viviendo tendrá consecuencias en la forma de organizar recursos humanos, en la forma de trabajar, en las formas de articular respuestas más integradas, yendo a lo esencial y estableciendo prioridades. Transversalidad, flexibilidad y creatividad son notas de la nueva cultura organizacional que deberán ir acompañadas, a mi juicio, de la integridad moral y de la transparencia. Se trata de ver qué prioridad nos reclama este momento y con qué acciones responder a las necesidades e interpelaciones de esta circunstancia y a las secuelas que va a dejar en el orden de la familia, del vecindario, de la economía, de la política, de la educación, de la cultura, de la vivencia y la transmisión de la fe y, por supuesto, de la creación de espacios de interioridad en las personas.

Pocas veces en la historia la humanidad ha cobrado tan de prisa conciencia de su enorme finitud y, al mismo tiempo, de su interdependencia y de la necesidad que tenemos de ayudarnos unos a otros. La nueva época que con pesadumbre ahora atravesamos, y que ojalá pronto podamos dejar atrás, nos invita a reconocer la bendita pertenencia común que nos hace hermanos, tal como propone el papa Francisco en la encíclica *Fratelli tutti*. Me permito terminar con una frase de la encíclica: «Soñemos como una nueva humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos».

Que todos los que participan y participarán durante este curso en cualquiera de las múltiples actividades educativas y sociales de ECCA sean constructores de ese gran horizonte de fraternidad y de amistad social, y que al comprometerse en él reciban esperanza.

La información, la comunicación y la cultura de paz

Federico Mayor Zaragoza¹

Lección inaugural del curso 2007-2008

Abstract: Se explora la interrelación entre la información, la comunicación y la cultura de paz. Propone que una verdadera cultura de paz debe surgir del conocimiento profundo de la realidad, más allá de la información superficial y mediática que suele prevalecer. Destaca la importancia de una comunicación que fomente la reflexión y el diálogo, y aboga por una educación que empodere a las personas para ser sujetos activos en la construcción de una sociedad más justa y pacífica. Finalmente, critica la cultura de guerra que ha dominado históricamente y subraya la necesidad de promover valores universales como la justicia, la igualdad y la solidaridad.

Palabras clave: ciencia, comunicación, cultura de paz, derechos humanos, justicia, medios de comunicación, educación, valores universales.

Radio ECCA ha permitido, desde hace más de cuarenta años, alcanzar a los inalcanzables. Este es uno de los propósitos que tenemos que renovar cada día. Necesitamos saber que algunas personas accedemos con facilidad, y hasta con protección, a muchos bienes materiales, culturales e incluso espirituales; los mismos a los que otras personas, una gran parte de la humanidad, no tienen acceso. Se trata de personas que viven en los solo relativamente alejados países del Sur; pero también se trata de personas que habitan frecuentemente en nuestras propias ciudades, pueblos y barrios. A mi entender, desde que nació ECCA, este ha sido su objetivo prioritario: llevar estos bienes culturales a las personas que se encuentran al margen, en los márgenes, de todos estos bienes sociales; a personas que, para la mayoría de las instituciones y hasta de los servicios sociales públicos, resultan inalcanzables y que, no raramente, permanecen invisibles a la sensibilidad de nuestros medios de comunicación. Es una meta difícil de alcanzar, pero que no debe abandonarse; un objetivo que debe renovarse a diario.

Información real e información epidérmica

Permítanme que, en primer lugar, situemos la información. Hasta hace todavía unos años –algunos y algunas de los aquí presentes podemos recordarlo

1. Doctor en Farmacia y catedrático de Bioquímica. Llegó a ser rector de la Universidad de Granada y posteriormente ministro de Educación y Ciencia en el Gobierno español, donde impulsó la cooperación científica. Su perfil internacional culminó como director general de la UNESCO durante doce años, promoviendo la paz, la tolerancia y los derechos humanos. Tras su paso por la UNESCO, presidió la Fundación Cultura de Paz.

con facilidad— era muy difícil tener acceso a la información: no existían ni los medios ni la intención real y libre de divulgarla. En la actualidad, vivimos en medio de una constelación de informaciones. Tenemos acceso a muchos medios informativos que nos suministran tanta información, tantos datos, desde tantas perspectivas, que resulta imposible estar plenamente atentos y se hace muy problemático distinguir lo importante de lo accesorio.

Se trata, por tanto, de una situación muy diferente: el gran problema de hoy es la selección de la información. Queremos tener acceso a una información fidedigna y oportuna, pero nos encontramos con dificultades importantes para verificar la calidad de la información que recibimos, para comprobar que refleja de forma fidedigna lo acaecido o si, sencillamente, lo tergiversa. Constatamos que quienes nos hacen llegar la información no nos describen sencillamente lo que sucede. Probablemente, muy a pesar nuestro, los hombres y mujeres que nos transmiten la información no describen siempre lo que acontece, sino que interpretan los acontecimientos y les dan un significado acorde con sus perspectivas, con sus puntos de vista, con sus intereses o con los intereses de aquellas empresas informativas para las que trabajan.

Nos llega una muy poderosa información a través de medios de enorme atractivo audiovisual o gráfico. La radio y la televisión, la prensa y los nuevos medios tecnológicos nos sumergen en un ambiente de información masiva y todo adquiere tono informativo. Estamos, por tanto, permanentemente en contacto con la información. Pero —y esto es muy importante que no lo perdamos de vista— debemos saber que la noticia refiere, por su propia naturaleza, lo extraordinario, lo que se sale de lo común, lo raro. Es decir, la noticia no pretende reflejar el conjunto de la realidad, la realidad cotidiana y normal. Por el contrario, solo aborda aquella parte de la realidad que se sale de lo cotidiano, que rompe la normalidad. La mayor parte de las cosas importantes para las personas acontece en la normalidad y permanece invisible a los ojos de la profesión periodística.

Por tanto, debemos ser capaces de relativizar la información y ponerla en su contexto, aquel de normalidad y cotidianidad. El valor de esa información es el valor de lo extraordinario, de lo que se sale de lo común. Si permitimos que nuestra conciencia se forme únicamente con noticias que refieren lo insólito, lo extraordinario, tendremos una visión parcial en lo que se refiere a la amplitud de las cosas que suceden y también en lo que se refiere —y esto es más importante— a la profundidad y el significado de las cosas relatadas. La velocidad de las noticias, y el propio carácter extraordinario de sus contenidos, nos remiten, más bien, a la epidermis de la realidad. No podemos transformar la realidad si no la conocemos bien. Si solo conocemos la realidad desde un punto de vista epidérmico, entonces, a lo sumo, podemos transformar las percepciones de la realidad, pero no la realidad que subyace. Mi profesión científica y universitaria me lleva a subrayar este aspecto. Quiero destacarlo.

Por tanto, no es una opción, sino una necesidad: debemos estar atentos y ver a las personas invisibles y los elementos invisibles de la realidad. Tenemos la necesidad permanente de enfrentar la información que nos llega profusa y cotidianamente y atravesarla para ver lo que no se nos dice, para captar el

carácter de evento extraordinario tras el cual puede ocultarse la normalidad de personas y situaciones que permanecerán invisibles. Pongo algunos ejemplos que nos sirvan para entender a qué me refiero. Los medios nos cuentan los accidentes de tráfico que suceden en un fin de semana determinado. Normalmente, no nos recordarán todos los automóviles que han circulado ese día y a los que no les ha pasado nada, porque la inmensa mayoría de la gente conduce de acuerdo con las normas. Los medios narran el hecho terrible de un asesinato. Con profusión de detalles conoceremos al hombre que ha apuñalado a su esposa, pero los medios silenciarán la gran cantidad de parejas que han sido capaces de gozar de su convivencia y cómo afrontan las dificultades normales que les toca vivir.

Insisto en proponer que es de vital importancia ver a los invisibles. El profesor Bernard Lown, que era presidente de la Asociación de Cardiología de los Estados Unidos de Norteamérica, recibió el galardón en reconocimiento a su lucha contra el armamento nuclear y su permanente posición a favor de las políticas de bienestar y salud². En su discurso de aceptación del mencionado premio, en Estocolmo, propuso este mismo mensaje: debemos ver más allá de lo que nos señalan los focos de los medios de comunicación; subrayó que «solo en la medida en que seamos capaces de ver a los invisibles seremos capaces de hacer los imposibles». Muchas veces, cuando se hacen propuestas de mejora y humanización, se las acusa de utópicas, de propuestas irrealizables. Estas acusaciones tienen su origen en una limitada conciencia de la realidad: solo hemos retenido lo visible y se nos escapa aquello más hondo que es necesario conocer en profundidad para poder asumir el encargo de transformar la realidad.

Este es un objetivo central, una misión inexcusable de la Universidad. Su función esencial es la de asesoría. La Universidad no debe someterse al poder, pero debe estar cercana a quienes tienen la responsabilidad del mismo, aportando un valor añadido mediante información que profundice en los asuntos. En este sentido, los acercamientos a la realidad por parte de la Universidad deben responder siempre a enfoques multidisciplinarios y transdisciplinarios, yendo más allá de lo que se aborda en una materia concreta.

Gracias a su capacidad para hacer converger las perspectivas de diversos especialistas, la Universidad puede ofrecernos esa visión de lo «invisible» que tanto reclamamos. Puede mostrarnos el panorama completo de la realidad y de los conocimientos actuales sobre un tema específico. La complejidad de lo real exige tanto dedicación como especialización.

Muchas veces, quienes tienen la función de decidir, de gobernar, no pueden disponer ni del tiempo ni de las habilidades necesarias para este acceso a la realidad. La situación de la capa de ozono, los detalles de la investigación científica en torno al cambio climático, los parámetros técnicos de la enfermedad de las vacas locas son, por ejemplo, realidades que permanecen

2. El doctor Bernard Lown recibió el Premio Nobel de la Paz en 1985 como miembro fundador de International Physicians for the Prevention of Nuclear War. *A Prescription for Hope*: <https://tinyurl.com/yc5sd5dz>.

fuera del alcance de la comprensión de la mayoría de las personas y, por supuesto, de quienes se dedican profesionalmente a la política. Esta es la misión de la comunidad científico-académica: abordar en profundidad los conocimientos más especializados y producir un acercamiento interdisciplinar que desborde el marco y nos proporcione una visión de conjunto menos parcial y más profunda.

Corresponde también a la Universidad producir un conocimiento de anticipación. Una de las facultades distintivas de la especie humana radica precisamente en nuestra capacidad de prever. Somos, por tanto, capaces de prevenir y en esa prevención tenemos la cualidad que mejor nos ayuda a vencer en los avatares de la vida: la capacidad para anticiparnos ha garantizado nuestra supervivencia como especie. La anticipación es nuestra capacidad de incidir en un proceso determinado desde el momento en que está en nuestra mano la posibilidad de prever las tendencias y el resultado del mismo. Podemos decidir una actuación capaz de reconducir el proceso o podemos también dejar continuar el curso que lleva. Pues bien, corresponde también a la comunidad científica y académica la elaboración de los estudios pertinentes para dotarnos de aquellos conocimientos que, como sociedad, nos permitirán evitar procesos destructivos. Por supuesto, siempre nos queda la posibilidad de tratar de reparar el daño hecho, o de mitigar al menos sus efectos más dolorosos. Pero la información proporcionada por la Universidad, el análisis científico y académico, debería posibilitar nuestra anticipación activa y, de ese modo, evitaríamos la degradación de nuestras condiciones de vida o, incluso, aquellas que amenazan nuestra existencia.

Comunicación

Hasta aquí he pretendido señalar la importancia de obtener una información real, profunda, no epidérmica, si pretendemos ser agentes de un cambio capaz de humanizar nuestra sociedad. Sin embargo, una y otra vez, venimos señalando que el medio y la disposición de esta información no son neutros. El modo en que traspasamos la información, el modo en que nos comunicamos, pasa a ser determinante.

Tan importante es la realidad de la comunicación, la posibilidad de que la gente pueda establecer relaciones de comunicación en las que pueda expresar lo que piensa y siente, que se ha formulado como un derecho inalienable desde la Declaración de Derechos de Virginia. Desde luego, figura también entre los derechos reconocidos en la tabla de derechos del ciudadano formulada durante la Revolución francesa. Hablamos, por tanto, de la libertad de expresión. Siempre que se habla de derechos, el de la libertad de expresión figura entre los primeros.

Pero al hablar de comunicación, tengo que referirme de inmediato a la UNESCO (United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization). La UNESCO forma parte del diseño que el presidente Franklin Delano

Roosevelt ideó para las Naciones Unidas. Junto a las instituciones encargadas de la alimentación, la salud y el trabajo, apareció, al inicio de la propuesta, la UNESCO, la entidad encargada de la educación, la ciencia y la cultura; es decir, la entidad intelectual de todo el sistema de las Naciones Unidas. A la que se le hace una encomienda fundamental:

«Que, puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz» (Prólogo de la Constitución de la UNESCO).

Para elevar estos baluartes de paz, tenemos que guiarnos por unos principios universales que aparecen como una síntesis o extracto de todas las culturas con sus espiritualidades y formas religiosas, basadas, en última instancia, en el amor. No podemos olvidar el contexto histórico en que nace la UNESCO: acabada la guerra terrible que asoló medio mundo, los países se dividen en bloques y los totalitarismos mantienen un poderío enorme. En el año 1945 no era fácil establecer los valores que, en la actualidad, entendemos como columna vertebral de la democracia. Por eso la UNESCO es la única organización de todo el sistema de las Naciones Unidas que incluye el término *democracia* en su Constitución fundacional. Literalmente, de nuevo en el prólogo a la misma, se dice:

«Esa guerra terrible y enorme que termina ahora fue posible por la negación de los principios democráticos de la dignidad, la igualdad y el respeto mutuo entre los hombres, y por la propagación a través de la ignorancia y el prejuicio de la doctrina de la desigualdad de los hombres y las razas».

Quiero destacar lo que refleja el artículo primero de la Constitución de la UNESCO:

«Fomentará el conocimiento y la comprensión mutuos de las naciones, prestando su concurso a los órganos de información para las masas; a este fin, recomendará los acuerdos internacionales que estime convenientes para facilitar la libre circulación de las ideas por medio de la palabra y de la imagen».

Es importante observar la intención de «facilitar la libre circulación de las ideas por medio de la palabra y de la imagen». La UNESCO siente como un deber propio garantizar la libertad de expresión. La UNESCO pretende que todas las personas actúen como ciudadanos que pueden manifestar lo que piensan, lo que sienten. En nuestro mundo occidental actual, no parece que el peligro mayor y más próximo sea una represión activa y directa de nuestra libertad de expresión; pero no debemos descuidarnos: tendemos a convertirnos en espectadores permanentes, en personas que pasan el día en medio de la indiferencia ante la multitudinaria llegada de información, sin situarnos como sujetos activos de la historia; espectadores pasivos y no actores de nuestras propias vidas. Parece que, a la velocidad con la que hoy vivimos, no tenemos tiempo para pensar. En lengua inglesa se suele hablar de los *screen driven*, personas dirigidas desde las pantallas de los televisores, de los ordenadores o de los juegos electrónicos.

Necesitamos «tiempo de calidad» en nuestras vidas. Esa calidad no se registra en ningún proceso de certificación, y tiene que ver con el pensamiento, con la capacidad para crear y también con la desmesura: es una esperanza desmesurada. En todas mis intervenciones insisto en que cada persona, cada ser humano, es único, porque todas y todos somos únicos. Somos diferentes. Esa diferencia aparece en cosas tan pequeñas y aparentemente insignificantes como el dibujo de nuestros dedos. Solo por la disposición de esas proteínas ectodérmicas, cuando marcamos nuestra huella digital, podemos distinguirnos entre seis mil trescientos millones de seres humanos que viven sobre la faz de la Tierra. Cada ser humano es único y en continua transformación. Un adulto tiene aproximadamente un millón de mutaciones biológicas al día. Lo que escuchamos, lo que vemos, lo que sentimos, lo que rechazamos o imaginamos, lo que soñamos... constituyen las «mutaciones» intelectuales. Esa unicidad como individuos nos remite a una unicidad como especie que también es asombrosa: la capacidad desmesurada de pensar, de elegir, de comunicar, de expresarnos en libertad, de sentir, inventar, crear. Como individuos y como especie somos una desmesura biológica.

La ciencia biológica nos ha ido enseñando a interpretar los «lenguajes de la vida». De ese modo, el comportamiento de los animales va dejando de tener secretos. Podemos predecir el comportamiento de los insectos y de los mamíferos. Solo tenemos una excepción: cada ser humano actúa de acuerdo con su libre albedrío. Cada ser humano tiene respuestas propias a las preguntas fundamentales de su vida. Cada ser humano formula con acentos diferentes preguntas tan esenciales como estas: «¿quién soy?», «¿qué será de mí?». Esta peculiaridad es un privilegio de nuestra naturaleza, pero es cierto que determinadas presiones culturales, ante el descuido en el que muchas veces vivimos, provocan nuestra uniformidad. Retomo aquí algo dicho ya más arriba: instancias sorprendentemente lejanas del poder mediático generan pautas de comportamiento que acaban por decidir nuestras vidas, si no estamos atentos y dispuestos a la resistencia.

Cada persona es, ya lo hemos dicho, un monumento creador capaz de la más grande de las desmesuras. Cada persona es capaz de hacer exactamente lo contrario de lo que pensamos que podría hacer. Esta libertad sorprendente, que a algunos pudiera asustar, es precisamente el motivo de la esperanza. Cuando alguien quiere rechazar una propuesta afirmando de modo muy tajante: «No puede ser, es utópico», la respuesta está en la capacidad y posibilidad de que lo utópico se haga realidad. Por supuesto, era utópico pensar que el grupo privilegiado por el *apartheid* sudafricano terminara un día por traspasar democráticamente el poder a un presidente negro. ¡Claro que era utópico! Pero Sudáfrica vivió esa utopía. ¿Cómo fue posible? Sencillamente porque un hombre llevó adelante un comportamiento inesperado, un gran protagonista aceptó salir de los raíles que marcaba la visión plana de la historia y de la humanidad. Frederik de Clerk actuó utópicamente. Nelson Mandela hizo también una tarea extraordinariamente utópica. Después de veintisiete años de cárcel, podría esperarse un hombre sediento de venganza y revancha. Sin embargo, su libertad, su capacidad de desmesura, nos lo presenta como

un hombre capaz de abrir sus brazos y llegar a acuerdos de conciliación con De Clerk³.

Permítanme otro ejemplo. Hablo del derrumbe de todo un sistema que hace menos de veinte años parecía imposible y utópico. Me refiero al espacio que constituía la Unión Soviética. Todas las perspectivas eran desesperanzadoras y negativas. Dábamos por supuestas una resistencia infinita y una desolación y destrucción posteriores igualmente severas. No negamos que ha habido problemas, grandes problemas. Pero ni mucho menos aconteció el baño de sangre que proclamaban la mayoría de los agoreros. Hubo personas, grandes estadistas –en particular Mijaíl Gorbachov– que supieron comportarse de una manera distinta de lo que normalmente esperamos de las gentes con tanto poder, con un poder inmenso⁴. Todo esto sirve para repetir que cada ser humano es único y responsable, capaz de crear y de creer en sus propias posibilidades.

Precisamente, de eso se trata. Esa es nuestra misión. Debemos procurar que todas las personas tengan las condiciones necesarias para creer en sus propias posibilidades, condiciones de dignidad humana. Tenemos que procurar que tengan acceso al conocimiento, que tengan medios para analizar y pensar su realidad, que tengan en sus manos los recursos para dirigir sus propias vidas. Esta definición es la mejor que, a mi modo de ver, se ha dado de la educación, y se remonta a las palabras de un extraordinario pedagogo de nuestra historia; D. Francisco Giner de los Ríos⁵. Efectivamente, la educación no es un mero ejercicio de información, tampoco es un puro ejercicio de comunicación. Educación no es formación o instrucción; la educación es el trabajo necesario para llegar a ser uno mismo, adquirir la capacidad de actuar por nosotros mismos y saber argüir a favor de lo que uno piensa. No se trata de actuar al dictado de nadie ni de aceptar verdades diciendo que «esto es así», con la contundencia del dogmatismo. Nuestra misión es dar instrumentos para que las personas sean capaces de reflexionar sobre todo, de incorporar perspectivas, de expresar su punto de vista y de escuchar el punto de vista de los demás.

Cultura de paz

La importancia de la información y del ejercicio de comunicación tiene un objetivo fundamental: dar cauce a la desmesura humana, al carácter peculiar, único, de cada ser humano. Para eso, necesitamos que información y comunicación converjan en lo que denominamos una cultura de paz. Lo hacemos

-
3. Activista y expresidente de Sudáfrica. Pasó veintisiete años encarcelado por su lucha contra el *apartheid*. Tras su liberación en 1990, lideró negociaciones que resultaron en la transición hacia una democracia multirracial, convirtiéndose en el primer presidente negro del país en 1994. Su legado es emblemático de la reconciliación y la lucha por la justicia.
 4. Fue el último líder de la Unión Soviética, conocido por implementar reformas como la *perestroika* y la *glásnost*, que contribuyeron a la caída del Muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría. Sus decisiones transformaron el panorama político mundial y llevaron al desmantelamiento pacífico de la URSS en 1991.
 5. *Estudios sobre educación* (1922), <https://tinyurl.com/n82zcejp>.

con la conciencia de que tenemos que oponerla a una cultura diferente, la que lleva siglos entre nosotros, la cultura de guerra. En esa cultura no ejercemos los principios establecidos en los derechos humanos. Aquí, el principio rector, machaconamente repetido, es otro: «Si quieres la paz, prepara la guerra».

Este principio tiene consecuencias tremendas: el poder puede exigirnos la vida, nuestra propia vida. Efectivamente, esa es la consecuencia de una cultura de guerra: los ciudadanos y ciudadanas, en un momento determinado, tienen que dar hasta su propia vida. No se trata de un ejercicio libre y altruista por el que alguien da la vida; se trata de un supuesto que se impone: se exige dar la vida a muchas personas, que, además, por lo normal, son los más débiles de la sociedad. Personas que lo único que tienen es la vida. Con sus vidas tienen que defender los intereses de aquellas otras personas, las que tienen mucho más, sobradamente. Esa es la historia: un rosario interminable de batallas, guerras, más batallas, más guerras.

¿Es que los seres humanos no sabemos hacer ninguna otra cosa? ¡Claro que sabemos, claro que podemos! Pero, con una normalidad sorprendente, nos adaptamos a pautas, dictados, supuestos que rigen las vidas de los llamados ciudadanos. ¿Ciudadanos? ¡No! Más bien deberé hablar de súbditos. Nos hemos dejado someter a los poderes y no hemos sido capaces de asumir nuestra libertad, nuestra responsabilidad. Nos han sometido y lo hemos permitido. Pero vivimos un tiempo diferente. Por primera vez es posible que los ciudadanos y ciudadanas no sean puramente súbditos resignados. Es posible que adquiramos la categoría de sujetos de nuestra propia historia, capaces de contribuir a una sociedad más humana, más digna de los altos principios, de la palabra *igualdad* que tanto llevamos en los labios, pero que habita poco en nuestras acciones.

Tenemos la posibilidad real de guiar nuestros pasos por los principios marcados en la Declaración de Derechos Humanos. El propio presidente Roosevelt, con la cabeza en un diseño de relaciones multilaterales –el único realmente posible, sea dicho de paso–, impulsó la elaboración de esta declaración de derechos. Su propia esposa, Eleanor Roosevelt, junto a René Cassin y Archibald MacLeish, se tomó como tarea la redacción de esta tabla de derechos, que nos deja una herencia preciosa. La lucidez del primer artículo merece una lectura atenta:

«Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros» (art. 1. Declaración Universal de los Derechos Humanos)⁶.

El preámbulo del documento y este artículo primero son una auténtica lectura alentadora para aquellos momentos en que sentimos la opacidad de las cosas y la tenacidad de las dificultades. Se trata de un texto inspirador de valores que deben liberarnos de nuestras miserias y de nuestros miedos. Recordemos con conciencia clara, cuando la realidad del mercado de la vida

6. <https://tinyurl.com/426zvmrd>.

se empeñe en negarlo, que todas las personas somos iguales en dignidad. El comportamiento de muchas personas poderosas, que manejan los instrumentos de la administración y tienen acceso a fortunas incuantificables, genera una miseria que nos arrasa, identifica nuestra identidad y dignidad con el volumen de bienes que manejamos. Al final, de la miseria y la pobreza en que vive tanta humanidad hay un responsable: la miseria espiritual de las personas que ignoran que tenemos que compartir para convivir. *Compartir* significa lo que la propia palabra dice si cambiamos el orden de sus componentes: «partir con». La miseria moral y material se supera cuando partimos, cuando distribuimos las riquezas y bienes acumulados de manera innecesaria.

La mayor parte de las religiones se basan, como ya les decía antes, en este sentimiento de desprendimiento y de generosidad, en la capacidad para ponerse en el lugar del otro, en la tolerancia inmensa, a veces hasta infinita. La revolución que representa el cristianismo es precisamente la capacidad de llevar esta generosidad y este desprendimiento hasta el límite, un límite que busca la paz ofreciendo la otra mejilla. ¡Qué distante de aquel adagio que veíamos antes: «Si quieres la paz, prepara la guerra»! ¡Perfecto para los fabricantes de armas! Desde los que fabricaban las lanzas, los arcos, las flechas, los arcabuces hasta los que hoy fabrican misiles y ojivas.

Permítanme esta reflexión: hoy vivimos un momento que nos deja perplejos, golpeados y atónitos. Estamos viviendo un momento en el que, junto a los que mueren de hambre, de pura miseria, todos los días nos gastamos tres mil millones de dólares en armas. ¡Cómo va a quedar nada para invertir en pan! No es posible que cumplamos nuestros compromisos solidarios, establecidos en múltiples declaraciones, con los países que nos envían las patéticas pateras. Es nuestra culpa. Somos nosotros, los pueblos de Occidente, con nuestros dirigentes, los que no estamos cumpliendo nuestros compromisos. Desde el año 1964 hemos hecho promesas solemnes: fue entonces cuando los países del Norte prometimos que colaboraríamos con el desarrollo endógeno de los países del Sur aportando una pequeña parte de nuestra capacidad económica. Prometimos aportar el 0,7% de nuestro producto interior bruto en la capacitación y formación de estos países para que pudieran explotar por sí mismos sus propios recursos. Observemos que esto significa que nos quedamos con el 99,3% de todos nuestros bienes; no parece que sea gran cosa. No es un acto de generosidad desmesurada ni de un desprendimiento extraordinario e insufrible para los pueblos. No se trata de eso. Se trata únicamente de una aportación más que razonable. Pero no hemos sido capaces de cumplirlo. Después, claro, fijémonos en lo que acontece: la pobreza, la muerte, las pateras.

Y no es algo que nos puede coger por sorpresa. Llevamos décadas con clara conciencia de que si seguíamos actuando del modo en que lo hacíamos, se generarían caldos de cultivo para situaciones desesperadas, de enorme miseria y frustración, de los que nacen emigrantes que se echan a los caminos y los mares en medio de la inseguridad, o personas que caen en la tentación de la violencia. Decimos que la violencia no se justifica nunca. Pero tenemos que aplicar nuestra razón para entender de dónde proviene, cómo se genera, por qué adquiere las dimensiones que adquiere. Sabemos que

las explicaciones no son sencillas, pero parece obvio que generamos caldos de cultivo para la violencia cuando hacemos vivir a las gentes en situaciones intolerables, un día, otro día, un año, otro año, al padre, a la madre, al hijo, a la hija, al nieto, a la nieta.

Al empezar este siglo nuestro, en las Naciones Unidas se reunieron los jefes de Estado y de Gobierno de todos los países de la Tierra. Sin duda, se percataron de los cambios necesarios en la cuestión de valores. A partir de la crisis final de la Unión Soviética tuvimos una ocasión espléndida para dar pasos que deberían llevarnos hacia una propuesta multilateral de cooperación. Sin embargo, sustituimos aquellos valores por lo que denominamos los valores del mercado. Aquellos grandes valores de justicia, igualdad, solidaridad, los valores que deben guiarnos en nuestros proyectos de humanización, parecían aprisionados, inermes, ante las denominadas «leyes de la economía del mercado». Recuerden que hablo de los valores por los que hemos luchado. Toda una generación de jóvenes trabajadores y universitarios empeñamos lo mejor de nuestros años y de nuestras capacidades en la lucha por esos valores. ¿Y ahora? ¿Qué decimos?

En nuestro país queremos una democracia basada en la justicia, basada en la solidaridad. De repente, sin embargo, alguien nos dice que están ahí las leyes del mercado, que la economía tiene sus normas y formas de funcionamiento.

El mercado no existe. Existen los mercaderes. La asociación de los mercaderes construye eso que con grandes palabras, casi con mayúsculas, llamamos mercado. Y los mercaderes se guían, lógicamente, por intereses inmediatos. Sus valores no sirven, por tanto, para guiar a la humanidad en estos albores del siglo y del milenio. Para eso se reunieron los jefes de Estado y de Gobierno en las Naciones Unidas en el año 2000. Tomaron los valores de las grandes tradiciones culturales y religiosas de la humanidad y propusieron la igualdad, la libertad, la justicia, la tolerancia, la capacidad de mirarnos desde los ojos de los otros y de mirar a los otros con otros ojos. Esta mirada nueva hacia los demás debe ayudarnos a erradicar la pobreza. Es nuestro deber suprimir el hambre. Tenemos que hacer que no haya gente que se muera de sida por no tener el tratamiento triple, cuando todas y todos sabemos bien lo que gastamos en medios de ataque, de guerra, en, una vez más, preparar la guerra.

Amigos y amigas, la cultura de paz nos lleva a tener permanentemente en cuenta que debemos pasar del músculo, de la imposición, al diálogo y a la paz. Pero, para eso, debemos dejar de ser espectadores para ser sujetos de nuestra propia historia. Debemos dejar de ser súbditos y convertirnos en ciudadanos, personas que no quieren que únicamente se les cuente en las elecciones, sino que se les tenga en cuenta siempre. Pero para eso tenemos que participar, comunicar y argüir a favor de nuestros propios pensamientos y reflexiones. Esto es hoy posible. Es posible porque las nuevas tecnologías, que permiten una participación no presencial, son una realidad que lo hace factible. Es posible también porque la mujer progresivamente tiene un mayor papel en las instituciones y tendrá cada vez más una mayor capacidad de decisión. Ya hay muchas mujeres, pero habrá más. En pocos años. Y de esa manera habrá un

mayor respeto inherente a la vida, propio de la mujer. Y, por lo mismo, mayor respeto a la cultura de paz.

Este es el compromiso que tenemos que dejar a nuestros hijos y nietos: otro mundo posible en el que creemos, con el que soñamos. Otro mundo de compartir, de aprender juntos, de respetar la diversidad cultural, de convivir de forma armoniosa, guiados por principios y valores universales.

D. Antonio Machado nos hizo una observación fundamental: «Caminante, no hay camino, se hace camino al andar»⁷; el mismo mensaje que nos dejó Mahatma Gandhi cuando afirmó: «Para la paz no hay camino; la paz es el camino»⁸. Estamos en un momento nuevo. Podemos participar. Tenemos formación. Podemos ayudar a quienes deciden. La cultura de paz será la sonrisa en los labios de nuestros hijos y nietos.

7. Es parte del poema XXIX de los «Proverbios y cantares», del libro *Campos de Castilla* (1912).

8. M. K. GANDHI, *All Men Are Brothers: Life and Thoughts of Mahatma Gandhi as Told in His Own Words*, UNESCO, New York 1958.

La indiferencia moral en la época mediática

Victoria Camps Cervera¹

Lección inaugural del curso 2006-2007

Abstract: Victoria Camps analiza la relación entre la indiferencia moral y los medios de comunicación en el contexto de la sociedad actual. Señala cómo la moralidad ciudadana tradicional ha sido reemplazada en gran medida por un laicismo que promueve la indiferencia ética. Camps discute el papel contradictorio de los medios, que son esenciales para la pluralidad democrática pero, a la vez, refuerzan una cultura de indiferencia al reducir la información a propaganda y entretenimiento. La autora explora cómo este fenómeno afecta la capacidad de la ciudadanía para ejercer un juicio crítico, vinculando esta crisis de valores con la falta de responsabilidad individual en las democracias liberales contemporáneas. Propone que es crucial una educación que fomente el pensamiento crítico para revertir esta tendencia y recuperar un sentido ético en la sociedad.

Palabras clave: ciudadanía, democracia, ética, indiferencia moral, medios de comunicación, tolerancia.

Tomo el término *indiferencia*, como actitud moral de nuestro tiempo, del conocido libro de David Riesman, *La muchedumbre solitaria*. En dicho libro, Riesman denominaba «nuevo indiferente» al destinatario de una comunicación prácticamente reducida a propaganda y publicidad política. Aludía así a un tipo de persona desprovista de independencia y convertida en simple consumidora de opiniones. Un ser –cito–

«... cuya tolerancia frente a las opiniones de los demás no se deriva tan solo de una disposición caracteriológica, sino también del hecho de que puede contemplarlas como “meras” opiniones, quizá divertidas o interesantes, pero en todo caso desprovistas del peso característico de una entrega parcial o total a una actividad política».

Habermas recogió la cita en su conocido libro sobre «la esfera pública» para dar apoyo a su teoría de la desintegración de la opinión pública en manos de unos medios de comunicación de masas estrictamente propagandísticos, que

«solo sirven como soporte de reclamo publicitario»².

1. Destacada filósofa y catedrática emérita de la Universidad de Barcelona. Se doctoró en la UAB. Fue senadora y ha sido consejera permanente del Consejo de Estado, presidiendo su Sección Séptima. Perteneció al Comité Audiovisual de Cataluña (2002-2008), llegando a ser su vicepresidenta en 2004. Ha participado en comités de bioética y ha dirigido colecciones editoriales. Autora galardonada, su pensamiento abarca la ética, la política, el feminismo y la bioética.
2. J. HABERMAS, *Historia y crítica de la opinión pública*, Gustavo Gili, Barcelona 1981, 243.

Indiferencia y neutralidad moral

En un ensayo reciente, Claudio Magris incidía de algún modo en la cuestión, aduciendo que un «indiferentismo moral desenvuelto y apático» ha venido a ser «el signo del laicismo», un laicismo identificado con una especie de «opinión difusa y dominante», que fácilmente

«...degenera en indiferencia, en olvido del sentido de lo sagrado y del respeto, en renuncia a la elección personal y a la independencia del juicio».

El pensamiento de Magris fue recogido, a su vez, por el editor italiano Leonardo Mondadori, quien vinculaba directamente la escasa o débil dimensión moral de nuestro tiempo a unos medios de comunicación cuyo único cometido parece ser exaltar la transgresión, «agarrándose a la Nada del exhibicionismo desenfrenado, el erotismo difuso o la violencia». Añadía, al mismo tiempo, que las críticas de tal tenor solían ser rechazadas por los laicos biempensantes, por considerarlas propias de un moralismo trasnochado. A lo que Mondadori no vacilaba en replicar: «Viva el moralismo y la santa indignación». Seguía diciendo que ha llegado el momento de «llamar a las cosas por su nombre» y

«sustituir el lenguaje neutro y amorfo de la absolución colectiva con las “viejas” categorías del lenguaje bíblico que define al mal como lo que ofende la dignidad del ser humano y al Bien como lo que la promueve»³.

Aunque soy ferviente partidaria de un pensamiento laico, pues no veo otra forma de entendimiento y comprensión entre las personas que habitan sociedades culturalmente plurales, no puedo estar más de acuerdo con todos y cada uno de los autores citados, tanto por lo que hace al diagnóstico sobre la actitud moral de nuestro tiempo como una actitud de indiferencia como por las explicaciones que dan de la misma. Todos ellos vienen a decir, de una u otra forma, que el consumismo y la publicidad propios de las economías capitalistas, convertidos en la única o más potente motivación del comportamiento individual, solo encuentran como contrapeso un laicismo entendido como neutralidad valorativa o suspensión del juicio ético. La suma de ambas circunstancias ha producido un tipo de individuo que solo acierta a mostrar interés por lo que le concierne muy personalmente y reacciona con total indiferencia ante lo que ocurre en general y las formas en que se le narra lo ocurrido. Una indiferencia potenciada, sin duda, también por la acumulación continua de informaciones dispersas que mueren antes de que podamos llegar al fondo de los hechos, lo que nos sume fácilmente en el olvido y la desorientación. Pero una indiferencia coherente, en definitiva, con el pensamiento liberal dominante, que apuesta por un «dejar hacer» desregulador a todos los niveles, y que no es capaz, al mismo tiempo, de lograr que los individuos y los sectores en los que se encuadran asuman sus libertades con responsabilidad y desprovistos de egoísmo.

3. Leonardo MONDADORI, «I nuovi indifferenti nell'età dei media»: *Corriere della Sera*, 20-12-2002.

Más de una vez he dicho que quizá el mayor problema ético de las democracias liberales consiste en la dificultad que muestran para vincular las libertades individuales con la responsabilidad de los individuos libres. Una dificultad que se traduce, a efectos prácticos, en la falta de sentido ciudadano o en la ausencia de unos valores cívicos que ayuden a construir cohesión y capital social a partir de una serie de individualidades con intereses y objetivos poco coincidentes. La situación ha sido repetidamente denunciada por las corrientes más novedosas del pensamiento moral y político contemporáneo, como, por ejemplo, el nuevo republicanismo, que trata de resucitar los ideales republicanos renacentistas de una libertad sin dominaciones y un compromiso cívico congruente con el bien común. No es que, en la actualidad, la actitud ciudadana esté ausente por completo. Lo que ocurre es que solo las grandes crisis parecen activarla. Unos cuantos hechos recientes ocurridos entre nosotros son ejemplo de que los ciudadanos reaccionan ante una catástrofe ecológica de las dimensiones del Prestige, ante la manipulación informativa que siguió al atentado del 11M, o ante el apoyo a la inhumanidad de la guerra de Irak. Al mismo tiempo, sin embargo, las ciudades son testigos de muestras abundantes y crecientes de incivismo, de las que son protagonistas, por lo menos, algunos de esos mismos ciudadanos que acuden sin demora a apagar fuegos más espectaculares. Como bien dijo Aristóteles, al explicar en qué consiste la virtud, «una golondrina no hace verano».

No son los grandes acontecimientos los que ponen de manifiesto la conducta virtuosa o moral de las personas, sino la cotidianidad, la capacidad de responder habitualmente, es decir, por la fuerza de la costumbre, a todo aquello que demanda un mínimo discernimiento moral.

La coartada de la libertad de expresión

Mi propósito en esta intervención es poner de relieve tanto las potencialidades que tienen los medios de comunicación para sacudir la indiferencia moral de nuestro tiempo como la facilidad con que esos mismos medios pueden contribuir activamente a mantenerla y fomentarla. Tienen en su haber el hecho de que ellos son el soporte y la encarnación misma del derecho a la libertad de expresión, así como el instrumento que garantiza y hace real el derecho a la información. Estoy hablando de dos derechos imprescindibles como condiciones mínimas de la democracia. Pero los medios tienen en su contra la tendencia o inevitabilidad de verse reducidos a meros negocios que van en busca de clientes al precio que sea, incluido el de menospreciar y deteriorar la calidad del producto que ofrecen. Para atraer al público masivo hay que saber entretenerlo. Y la competencia para conseguirlo es tal que cualquier recurso acaba siendo legítimo para obtener el fin deseado.

No faltan derechos, principios constitucionales, códigos éticos que puntualizan que no todo vale para captar audiencia, que la libertad tiene unos límites que deben ser respetados. Los profesionales de la comunicación invocan su

derecho y su obligación de autorregularse de acuerdo con tales pautas. Pero la realidad parece ser más poderosa que los buenos propósitos de unos y otros. Ni los emisores ni los receptores de la comunicación muestran claramente su capacidad de no dejarse vencer por las distintas tiranías que dominan nuestro entorno audiovisual. A la dependencia económica hay que añadir la compli- cidad política que vincula a cada uno de los medios más sobresalientes con uno de los varios poderes políticos que compiten en el mercado electoral. Para cerrar el triángulo de los condicionamientos que atenazan a la comunicación, hay que pensar también en las distintas inercias intrínsecas al funcionamiento de los distintos géneros mediáticos: la necesidad de utilizar la imagen, de convertir cualquier mensaje en espectáculo, el imperativo de la velocidad o de la audiencia.

Actuar con autonomía y madurez en tal entorno significaría no dejarse vencer ni dominar totalmente por tales inercias o tiranías, tener fuerza para aceptar lo correcto y rechazar lo incorrecto, tener criterio para distinguir lo que se debe de lo que no se debe hacer. Por lo menos, esa es la definición que los filósofos han dado de la autonomía de la persona. La osadía de pensar por uno mismo es, como dijo Kant, el signo de la ilustración y de la madurez moral.

Dado que la ética es, por definición, prescriptiva, se suele dar por supuesto que cualquier reflexión sobre la ética de los medios de comunicación debe concluir proponiendo una normativa que codifique las obligaciones y las responsabilidades que han de asumir sus profesionales con respecto a la sociedad y a los ciudadanos. Desde que, hacia los años 40 del siglo pasado, se empezó a armar el discurso sobre la «responsabilidad social de los medios», no han dejado de elaborarse códigos deontológicos que regulan la conducta de los periodistas, y no han dejado de crearse organismos que supervisan mejor o peor el cumplimiento de los mismos: los consejos de prensa, los consejos audiovisuales, las asociaciones de consumidores de la comunicación, para citar los más prominentes y conocidos.

La ética, sin embargo, no es una actividad meramente especulativa y teórica; sino, como decía también Aristóteles, la ética es, por encima de todo, «sabi- duría práctica». Un saber hacer en el que debe intervenir activamente la voluntad y no solo el pensamiento o la actividad contemplativa. La ética no es solo teoría, sino práctica. Y es ese aspecto tocante al papel de la voluntad el que, a mi juicio, hoy estamos echando de menos. De ahí que hablemos de indiferencia o de apatía, de falta de pasión por descubrir lo bueno, lo correcto o lo legítimo. Nos quejamos de actitudes blandas y poco firmes, no de falta de normas. Pues las normas están ahí, han sido debidamente discutidas y consensuadas, todas se parecen y se repiten con nuevas fórmulas que vuelven a decir lo mismo que dijeron las anteriores, pero ahí se quedan, en puras formulaciones sin incidencia práctica. De entrada, son aceptadas, pero sin ningún atisbo de entusiasmo o de esperanza. «Ya tenemos leyes», suele decirse, «¿para qué añadir más normas?». Los valores morales siempre quedan demasiado lejos, inalcanzables para un ser tan limitado como el humano.

Así, nadie niega en principio que la información debe ser veraz, pero la aplicación del principio se cuestiona de inmediato con el pretexto de que

nadie puede pretender estar en posesión de la veracidad. Se dice asimismo que la información debe distinguirse de la opinión; pero, a continuación, se reconoce que toda información es, en sí misma, opinable. La libertad de expresión tiene un límite, sin duda, y ese límite lo constituye el daño al otro. Ahora bien, ¿cómo medir el daño que puedan hacer las palabras? ¿No son los jueces los únicos autorizados para determinarlo? ¿Para qué constituir otros poderes distintos del poder jurídico? En definitiva, cualquier intento no ya de limitar, sino de juzgar sencillamente el uso que alguien haga de la libertad de expresión acabará poniendo en peligro a la misma libertad. ¿No será, pues, más conveniente, mejor para el bien de la sociedad y de la democracia, dejar que la libertad se exprese a sus anchas, como los grandes teóricos del liberalismo han defendido siempre? ¿No será esa expresión libre la que permitirá, mejor que cualquier directriz edificante, que finalmente nos vayamos acercando a la verdad?

Esa fue, ciertamente, la tesis de los grandes liberales decimonónicos. John Stuart Mill, sin ir más lejos, defendió a ultranza la teoría de que el mercado libre de ideas, sin cortapisa ninguna, era el único medio y el más legítimo para descubrir la verdad. Puesto que nadie en exclusiva posee la verdad ni puede reclamarla para sí, solo la contribución de todos, en libertad y en igualdad de condiciones, permite llegar a ella. La teoría ha sido refrendada recientemente por algunos de los representantes más conspicuos del pensamiento liberal actual. Empezando por Habermas y su conocida teoría de la acción comunicativa, en la que reclama una comunicación libre y simétrica como única condición para consensuar decisiones racionales y justas. A propósito de las célebres viñetas, aparecidas en un periódico danés, que ponían en ridículo a Mahoma y a sus seguidores, y que dieron pie a un debate variopinto y un tanto absurdo, Ralph Dahrendorf se expresaba con nitidez:

«Para que florezcan las sociedades libres, los límites a la libertad de expresión siempre se deben ampliar, no estrechar. Desde mi punto de vista, la negación del Holocausto no se debe prohibir por ley, en contraste con la afirmación de que hay que asesinar a todos los judíos o a cualquiera de ellos. De manera similar, no se deberían prohibir los ataques verbales contra Occidente en las mezquitas, con todo lo ácidos que puedan ser, en contraste con la llamada abierta a unirse a los escuadrones suicidas»⁴.

De un modo similar, el prestigioso filósofo del derecho Ronald Dworkin defendía sin reparos el «derecho a la burla» como manera de rebatir las supuestas virtudes de un multiculturalismo dispuesto a preservar de la crítica y de la ofensa las convicciones íntimas de las personas o los pueblos. «En una democracia –escribía– nadie, por poderoso o importante que sea, puede tener derecho a no ser insultado u ofendido»; el insulto y la burla son libres en la medida en que son expresión de una opinión⁵. En la línea de Dahrendorf, añadía que

4. Ralf DAHRENDORF, «La libre expresión, en el banquillo»: *La Vanguardia* (Barcelona), 20-12-2005.

5. Ronald DWORKIN, «El derecho a la burla»: *El País*, 25-03-2006.

leyes como la de la negación del Holocausto deberían ser revocadas, puesto que no son sino violaciones de la libertad de expresión.

La diversidad cultural y religiosa y el temido «choque de civilizaciones», que ha querido explicar de un solo trazo los atentados terroristas de los últimos años, pueden conducir tanto a limitar las libertades en defensa de la seguridad de las personas como a no poner freno a las concesiones a favor de la expresión de la diversidad. La administración Bush es la prueba más fehaciente de lo primero, de que una seguridad a ultranza y como único objetivo pone en peligro las libertades. Por lo que hace al otro extremo, el de las concesiones a la diversidad, en Europa se suele contraponer el modelo francés, que impone sin demasiadas contemplaciones un modelo homogéneo de laicismo, al modelo británico, más fiel al «dejar hacer» liberal. Pero ni uno ni otro parecen dar resultados satisfactorios por lo que hace a evitar conflictos e impedir que broten el racismo y la intolerancia. No hace mucho, y en contra de su espíritu más liberal, el Gobierno británico se propuso llevar al Parlamento una ley que limitara las ofensas a la religión. No lo consiguió; pues, en palabras de uno de los detractores de la propuesta,

«el progreso de la libertad de expresión ha avanzado a lo largo de los siglos, no gracias al argumento sereno y racional, sino al exceso y la irresponsabilidad»⁶.

Y si las religiones y sus fieles se llevan la palma como diana más frecuente de las expresiones supuestamente ofensivas, no quedan muy lejos de ellos las sensibilidades nacionales o nacionalistas cuyas filias y fobias han venido marcando últimamente el compás de las tertulias radiofónicas y de los debates televisivos en nuestro país. Ya no solo la ofensa, sino el insulto, la difamación, la ignominia y la falta de veracidad, todo ha sido utilizado impunemente para poner en ridículo al adversario político y mantener así la lealtad de las audiencias.

Es cierto que los temas a que me estoy refiriendo son complicados y no pueden ser resueltos de un plumazo que dictamine sobre la racionalidad o la irracionalidad de cualquier punto de vista. Vivimos en una época de incertidumbre moral. Pero dicha incertidumbre, lejos de dar lugar a un debate sincero y bienintencionado, que sería lo lógico en individuos pensantes y capaces de juzgar, se camufla en seudodiscusiones partidistas e insustanciales, que solo producen ruido, malestar colectivo y, a la postre, desconfianza y escepticismo generalizado.

Los temas no se discuten; se echan al circo mediático como alimento de los que solo ansían carnaza en la que cebarse. Es esta situación la que provoca una sensación de impotencia ante un mundo que pensamos que inevitablemente es como es y que no puede cambiar. No hace falta decir que tal actitud desesperanzada acaba por sí sola con cualquier discurso ético, pues la ética nace precisamente de la no complacencia con la realidad tal cual es, de cierta insatisfacción frente al curso que toman las cosas y de una mínima esperanza de poder cambiarlo.

6. Philip HENSHER, en «Whose voices would be silenced?»: *Review Saturday Guardian*, 19-11-05.

He mencionado que nuestro entorno audiovisual se ve sometido a una serie de tiranías que son indisociables de medios masivos como la radio y la televisión, de la misma forma que la tiranía de la mayoría es indisociable de la democracia. Efectivamente, los medios de radiodifusión se apoyan en la imagen, de la que hay que reconocer que no siempre vale más que mil palabras; los medios deben luchar por la audiencia porque son también un negocio que se financia con publicidad; los medios deben trabajar a una velocidad que hace difícil y costoso el contraste de lo que se muestra con lo que realmente ocurre, y, puesto que su objetivo fundamental es entretener, los medios han de echar mano de recursos espectaculares que llamen la atención y exciten no solo la curiosidad, sino también las pasiones de la gente. Lo bueno sería, sin embargo, poner cierto freno a tales tiranías, evitando con ello la alienación mediática. Para lo cual, lo primero que habría que hacer es reconocerlas y evitar que nos dominen de una forma total y absoluta. Pero no se hace. Al contrario, las tiranías solo sirven como excusas para poner de manifiesto la impotencia de los medios para vencer sus propias inercias y dar mejor información y un entretenimiento de mayor altura.

Los condicionantes de la información

Fijémonos en algunos de los problemas vinculados a uno de los objetivos fundamentales de la comunicación mediática: el de informar.

Hoy ya nadie discute que los medios, lejos de reflejar la realidad, elaboran «montajes artificiales» con el material que llega a las redacciones. Seleccionar la noticia es el primer cometido que hay que resolver. Pero hay varios imperativos que impiden que la selección de la noticia sea la correcta. Me referiré solo a tres de ellos, derivados tanto de la dependencia económica como de la dependencia política a que los medios están sometidos. El primer imperativo es el que lleva a tener que ofrecer siempre la última actualidad, el hecho más «noticioso», en lugar de informar sobre algo quizá menos novedoso pero que merece más atención. El segundo imperativo es el que conduce a pensar que el criterio de la información correcta o adecuada no es el interés común, sino lo que de hecho decidan los demás medios en liza. El tercero es la casi imposibilidad que manifiestan de filtrar y distanciarse de los mensajes que fija la agenda y que llegan de la Administración pública⁷.

Por lo que hace al primer punto, quizá deba repararse en que *noticia* e *información* no tienen significados idénticos. La noticia no es nada más que la comunicación de un suceso, y es un hecho la tendencia de los informativos a convertirse cada vez más en crónicas de sucesos. La información es algo más: informar es «dar forma o realidad a una cosa», «dar a alguien datos o noticias

7. Es una de las conclusiones del artículo de Amelia ARSENAULT y Manuel CASTELLS, «Conquering the Minds, Conquering Irak: The social production of misinformation in the United States; A case study»: *Information, Communication & Society* 9, 3 (junio 2006), 284-307.

sobre cierta realidad que le interesa». La simple definición del diccionario nos dice que la información es más laboriosa que la estricta noticia. Si esta remite más a lo nuevo y a lo desconocido, la información presupone cierto interés por el objeto de la información de quien es informado. Puede ser noticia algo que no interese a nadie, pero no ocurre lo mismo con la información, que deja de serlo si nadie la solicita. Además, puesto que la noticia pretende siempre ser una primicia, es más fácil que recurra al sensacionalismo y al espectáculo para subrayar el carácter noticiable de un asunto. «La mejor noticia no es siempre la que se da primero, sino muchas veces la que se da mejor», sentencia García Márquez. Pero ¿a quién le importa la mejor noticia? ¿No se busca, por encima de todo, excitar la curiosidad? ¿Y no se excita la curiosidad subrayando el último exabrupto de un político y la respuesta igualmente malsonante del aludido? ¿Por qué meterse a contar historias complicadas sobre este o aquel problema? El caso es comunicar algo, llamar la atención; no hace falta entrar en aguas más profundas. Por eso fue tan disputada la primera entrevista con la joven Natasha Kampusch. Como bien dice José Luis Sánchez Noriega, hoy tenemos «más comunicadores que medios interesados en dar información»⁸.

Lo paradójico de esa seudoinformación es que no informa: muchas veces solo desconcierta. Hace unas semanas, el papa Benedicto XVI pronunció un discurso que suscitó una protesta inmediata de parte del islam. Solo una semana más tarde a un medio escrito se le ocurrió publicar íntegro el discurso del papa. En los días en que el debate fue más virulento, ni siquiera era posible encontrar un buen resumen del mismo en ningún medio escrito (salvo que una acudiera a internet). Los periódicos dedicaban páginas enteras a la cuestión, para destacar las declaraciones del ulema de turno, del portavoz papal o de algún otro opinante habitual. Es decir, no se informa sobre la acción en sí misma, sino sobre la reacción que la acción provoca. ¿Es esa la mejor forma de dar información? ¿Se le ofrece así al ciudadano una base mínima para que pueda formarse una opinión sobre el asunto? Ejemplos como este se encuentran casi a diario. Un par de opiniones contrapuestas parecen dar más objetividad a cualquier tema que una inteligente exposición de aquello que está siendo objeto de disputa. Lo que se percibe es el ruido, no el contenido. Como escribió Ignacio Ramonet,

«... la información no es la descripción de unos hechos y sus causas y consecuencias, sino la asistencia al acontecimiento, su visualización».

Vayamos aún a otra de las prescripciones de los códigos de ética periodística: la que obliga a preservar la intimidad de las personas, especialmente cuando la noticia va acompañada de imágenes. Ahí, de nuevo, la norma se acepta con reparos, puesto que se considera que, si las imágenes son posibles y están ahí, ¿qué fuerza mayor ha de impedir no darlas? Es más, hurtárselas al ciudadano por escrúpulo moral ¿no sería violar el derecho a la información que tanto defendemos? Si las imágenes se tienen, hay que enseñarlas: eso y

8. José Luis SÁNCHEZ NORIEGA, *Crítica de la seducción mediática*, Tecnos, Madrid 2002² (1.ª ed. 1997), 76.

no otra cosa es informar. No importa que, como se ha encargado de decir brillantemente Giovanni Sartori, las imágenes estén lejos de poder decir lo que las palabras dicen. La televisión es, ante todo, imagen, y, cuando la imagen falla, la información deja de existir.

La búsqueda de lo noticioso y lo actual, echando mano de todos esos recursos que acaban empañando la mejor información, responde básicamente al imperativo de competir en el mercado mediático. Y la competencia, contra todas las convicciones liberales, en el ámbito de la comunicación, no consigue mejorar el producto, sino que lo hace más uniforme y homogéneo y rebaja la calidad del mismo. La teoría liberal de la mano invisible, según la cual el egoísmo privado revierte en beneficio público, en este caso no se cumple. No se cumple, primero, porque la bondad o maldad del producto cultural carece de la verificación empírica que tienen otros productos del mercado más tangibles. Pero no se cumple tampoco porque, cuando Adam Smith formuló su influyente teoría, seguramente contaba con algo que hoy brilla por su ausencia: la capacidad de indignación de los destinatarios de los productos del mercado si estos no responden a sus expectativas. Cuando la exigencia del consumidor falta, la ecuación propuesta por la teoría liberal deja de ser cierta: el interés privado del carnicero o el panadero –son los ejemplos que pone Adam Smith– no redundan en beneficio del cliente. De igual manera, John S. Mill pensaba que el mercado de las ideas conduciría por sí solo a la verdad porque pensaba en un intercambio de ideas que merece tal nombre; pensaba que la discusión se nutre de la confrontación de opiniones distintas, no de la mentira o del insulto esgrimidos con la única intención de aniquilar al adversario. Preguntar, como hacían los filósofos analíticos, ¿qué hacemos cuando hablamos?, es fundamental para analizar los equívocos del lenguaje. ¿Qué hacemos: dar una noticia, informar, pretendemos discutir y deliberar, o simplemente descalificar, crear confusión, insultar, engañar? ¿Lo que llamamos comunicación no es pura charlatanería y chismorreo?

Así pues, la proliferación de medios no ha tenido como consecuencia una mayor pluralidad informativa ni opciones de entretenimiento mucho más variadas. La información no es más plural; solo está más polarizada. Quizá porque al público le gusta la polarización. O tal vez porque esa polarización lo ha acostumbrado a buscar en los medios únicamente la reafirmación de sus convicciones. Así, los conservadores solo quieren escuchar opiniones conservadoras, y los liberales, opiniones liberales. Ello contradice la idea de que la gente consume noticias y opiniones para estar bien informada. Si tal convicción respondiera a la realidad, los liberales acudirían a las emisoras conservadoras y viceversa. Pero no es así, porque nadie ama la incertidumbre y la duda. Lo que la gente quiere es ver ratificadas sus convicciones.

El cubrimiento de una campaña electoral solo busca la competición y el disfrute de la misma por parte del público. Unos medios mostrarán sus preferencias por unos grupos políticos, y otros, por sus adversarios. Pero ninguno de ellos presentará un escenario radicalmente distinto de la «lucha de caballos» política, como la llama Sartori. Está comprobado que las descalificaciones y críticas entre candidatos ocupan el mayor espacio de las campañas

electorales⁹. El politiquero se impone sobre la discusión acerca de temas concretos. Se estimula así una democracia que ha sido denominada «democracia negativa» porque su contenido no es otro que el ataque al adversario, un recurso mucho más socorrido que el de afirmar y ofrecer las propuestas propias¹⁰.

La polarización de puntos de vista contribuye, a su vez, a alimentar el descrédito de los medios y el escepticismo del público, ya que este –dice Richard A. Posner– no está

«más orientado hacia las cuestiones públicas ni más motivado y competente para comprometerse con un genuino autogobierno, porque no son estos los bienes que la gente busca en los medios. Busca entretenimiento, confirmación, refuerzo, satisfacción emocional»¹¹.

A nadie se le ocurre que dicha realidad pueda ser cambiada o representada de otra forma. Así, hoy se echa en falta una democracia más «deliberativa». Pero es que a nadie, y menos que a nadie a los partidos políticos en incansable competencia, le interesa fomentar el espíritu crítico y activar la deliberación. La democracia no puede existir sin un público informado, repiten las teorías de la democracia más innovadoras. El problema es que el público piensa que está informado y los profesionales de los medios están convencidos de estar dando información. Si es así, ¿a qué viene la crítica?

Me estoy refiriendo a un problema que es circular, como lo son todos los problemas filosóficos. Por una parte, el entorno mediático no activa la cultura crítica ciudadana, pero la cultura ciudadana, en el caso de que exista, tampoco se muestra exigente y crítica frente a los medios. La apatía o la indiferencia, dicho de otra forma, retroalimentan y atacan por igual a emisores y receptores»; la decadencia de la información produce desconfianza y descrédito en el ciudadano, el cual, a su vez, carece de energía para rebelarse contra ello y abdica, así, de la voluntad de comprender el mundo. Los emisores renuncian a su capacidad selectiva y razonable para mostrar lo que merece ser mostrado y decir lo que debe ser dicho o callar lo que no debería decirse, y se dejan arrastrar por las distintas dominaciones y vicios que los subyugan. Con lo cual solo llegan a desarrollar indiferencia, descrédito y distanciamiento. No hablan de lo que interesa a los ciudadanos. Los receptores, a su vez, no quedan exentos de culpa, pues su actitud meramente receptiva y pasiva no es más que el reflejo de una despreocupación por todo lo que no concierne directamente a cada uno de ellos. Despreocupación e impotencia: si no es posible hacer nada frente a lo que se recibe, ¿para qué preocuparse?

La despreocupación, derivada del sentimiento de impotencia, solo contribuye a alimentar lo que Vázquez Montalbán denominó «hipnosis mediática», que es otra expresión para designar la indiferencia. En su libro *El conocimiento del lenguaje*, Noam Chomsky reproduce la pregunta que en su tiempo se hizo George Orwell: ¿cómo es posible que con la información que tenemos

9. Informe del Consejo Audiovisual de Cataluña sobre la campaña del 11 N.

10. Citado por José Luis SÁNCHEZ NORIEGA, *op. cit.*, 25.

11. Richard A. POSNER, «Bad News»: *The New York Times*, 31-07-2005.

sepamos tan poco?, ¿cómo se explica nuestra incapacidad para convertir tanta información sobre el comportamiento criminal de los humanos en unas mínimas nociones de organización social? La respuesta es que nos faltan impulso y entusiasmo para ir más allá de lo que dicen los medios, de lo que dice la televisión, en muchos casos. Mientras se mantenga la actitud indiferente y pasiva, la información no se convertirá en conocimiento, pese a que estemos convencidos de vivir en la sociedad del conocimiento.

Pudiera parecer que los medios de comunicación más nuevos, la interactividad que propicia la televisión digital, la blogosfera, sí han de dar paso a una comunicación menos unidireccional y más destinada a activar el deseo de las personas de entrar realmente en el mundo de la comunicación. Otra vez hay que decir que las potencialidades están ahí, pero las muestras que hasta ahora tenemos no son muy alentadoras. Es cierto que la comunicación a través de internet permite una mayor espontaneidad y un acceso a los medios más compartido. Permite asimismo un control mayor, puesto que las voces que participan en los blogs son múltiples. Y permite, finalmente, acabar encontrando toda la información que nos hurtan o solo dan a medias los medios convencionales.

Pero el estándar es bajo; se recurre, con más impunidad si cabe, al insulto y a la descalificación fácil. La empresa es, efectivamente, más colectiva, pero no está menos polarizada que la de los medios clásicos.

¿Cómo romper, me pregunto ya para acabar, esa hipnosis mediática, esa indiferencia moral a que nos arrastran los medios? Hace no muchos años, treinta o cuarenta, poseíamos verdades más asentadas, que teñían ideológicamente la realidad, ciertamente, pero ofrecían la ilusión de estar discutiendo con el adversario desde unas convicciones sólidas y contrastables. Hoy todo aparece vacío y faltan categorías fuertes que nos permitan clasificar la realidad sin vacilaciones. No creo, sin embargo, que el vacío sea negativo. Al contrario. Hoy somos más libres de representarnos la realidad sin agarrarnos a ningún asidero ideológico. Es cierto que esa libertad nos deja solos frente a nosotros mismos, fuera del amparo y del cobijo de lo que se admite como válido sin necesidad de comprobarlo. Por eso, hace falta cierta energía para enfrentarse a la incertidumbre y arriesgar opiniones. Si el entorno mediático se muestra presa de la frivolidad y el disparate es porque también teme el riesgo que implica no dar respuestas fáciles y cómodas para todo. En lugar de entretenerse en el matiz, en el análisis detallado, en esa «mentalidad amplia» que no desdeña de entrada el punto de vista del otro, es más fácil agarrarse a lo políticamente correcto o eludir la búsqueda de la verdad y de los problemas graves con el chiste, el exabrupto y el ruido mediático.

No tengo soluciones ni recetas para recuperar la voluntad de hacer las cosas de un modo distinto del habitual. Parte de la solución ha de alcanzarse, sin duda, por la vía de la educación. Una educación que enseñe a descifrar los engaños de un lenguaje que tiene en la manipulación, política o comercial, el arma más fácil. Una educación dirigida a minimizar la función de los medios para construir conocimiento, que haga entender que una cultura solo mediática es una cultura muy simplificada. Cada medio de comunicación sirve para

lo que sirve: lo que puede llegar a decir una buena película es distinto de lo que se obtiene de un buen libro. Ni mejor ni peor: distinto y complementario. Por eso es conveniente que la era de la imagen, del audiovisual y de internet no sustituya los valores de otras eras más centradas en el lenguaje oral o escrito. Y si es imprescindible que la educación enseñe al ciudadano a manejarse bien en el entorno mediático y a criticarlo cuando lo merece, también lo es que los profesionales del periodismo se formen leyendo algo más que periódicos y aspirando a ser algo más que excelentes comunicadores. Pues para comunicar bien no basta conocer unas cuantas técnicas, sino que también se necesita tener algo interesante que decir. Informar no es poner un espejo en la realidad, que es inabarcable, sino un esfuerzo creativo de selección e interpretación de lo que merece ser narrado.

Otra forma de conjurar las posibles perversiones implícitas en el gran potencial de las telecomunicaciones es que no se pierdan los medios de comunicación de referencia, los que han sabido ganarse el aprecio y la confianza del público porque han sabido sortear la seducción de los distintos poderes y recuperar la misión de servicio a la sociedad. En el ámbito de la radio y la televisión, la existencia de unos medios públicos debería responder estrictamente a tal misión: la de destacarse de las dependencias económicas y políticas y atender a las necesidades e intereses de la ciudadanía.

Para acabar, es preciso asimismo que no renunciemos a repensar los valores que se encuentran en la base de la era de la comunicación, distinguiendo su significado auténtico del que no lo es. La libertad de expresión, para hablar solo del valor más fundamental, no equivale a la libertad de mercado, ni es lo mismo la libertad de expresión que la libertad de expresarse. De no insistir en tales distinciones, el destino de la democracia quedará en manos del mercado. Las exigencias del mercado no son, en realidad, las de la gente. Pero tampoco lo que la gente quiere (suponiendo que lo supiéramos) debería ser el único criterio para determinar los contenidos de la información y de la comunicación en general. Al profesional de la comunicación hay que pedirle que haga el esfuerzo de decidir por sí mismo qué información necesita el pueblo para ejercer su soberanía. La información, en definitiva, no es un bien si no contribuye a producir conocimiento y hacernos un poco más sabios. Como ha escrito José Saramago,

«La información no nos convierte en más sabios ni en más honrados si no nos acerca a los hombres. Pues, con la posibilidad de acceder a distancia a todos los documentos que necesitamos, aumenta el riesgo de deshumanización. Y de ignorancia [...]. Se puede desconocer el mundo, no saber en qué universo social, económico y político vivimos, y disponer de toda la información posible»¹².

12. José SARAMAGO, «Para qué sirve la comunicación»: *Unión* 181 (enero-febrero 1999), 38-39.

La historia de Radio ECCA y de la educación en Canarias

Jerónimo Saavedra Acevedo¹

Lección inaugural del curso 2013-2014

Abstract: Lección impartida en el Aula Cultural de Radio ECCA de Las Palmas de Gran Canaria. Jerónimo Saavedra Acevedo, quien ha desempeñado responsabilidades de gobierno en Canarias y fuera de ella, relata el desarrollo del modelo educativo. A partir de los años sesenta, la historia de la educación en Canarias corre paralela a la historia de Radio ECCA. Han sido años interesantes, con la aprobación de nuevas leyes educativas (Ley General de Educación, Ley Orgánica del Derecho a la Educación, Ley Orgánica General del Sistema Educativo, Ley Orgánica de Calidad Educativa, Ley Orgánica de Educación, Ley Orgánica de Mejora de la Calidad Educativa) y con el traspaso de las competencias educativas a las comunidades autónomas.

Palabras clave: educación, gobierno, historia, ministerio, Radio ECCA.

Mi vocación predominante ha sido la docencia, y a ella he dedicado más de cuarenta años de mi vida. Algunos años la sustituí o complementé con la política, como miembro de los Parlamentos nacional o autonómico, como presidente del Gobierno de Canarias y como ministro de Educación y Ciencia, cuando el antes llamado territorio MEC comprendía diez comunidades autónomas².

Resulta ya tópico afirmar que la historia nos facilita elementos que nos permiten comprender mejor el presente y proyectar con realismo el futuro. Si la materia a analizar es la educación, esta nos exige a todos un compromiso de formación permanente a lo largo de toda la vida, y de ello Radio Ecca sabe mucho. Es necesario recordar cómo era, cómo es y cómo debe ser la educación en Canarias.

Eran circunstancias muy lamentables las que la educación padecía en Canarias. Colegios e institutos públicos muy escasos, y el sector privado tratando de atender las demandas de las familias pudientes en una sociedad en la que cerca del 60% de la población activa pertenecía al sector primario. La consecuencia principal fue que nuestra tasa de analfabetismo era, junto con la de los extremeños, la más alta de España. En esas circunstancias nace Radio ECCA, rompiendo esquemas, llegando a nuestros campos y barrios, poniéndose a disposición de todos y extendiéndose mucho a través del transistor.

-
1. Destacado político y abogado laboralista español. Desempeñó un papel crucial como primer presidente del Gobierno de Canarias, liderando la estructuración de la administración autonómica. Ejerció la presidencia durante dos períodos. A nivel nacional, fue ministro de Administraciones Públicas y ministro de Educación y Ciencia. Fue también diputado, senador y alcalde de Las Palmas de Gran Canaria.
 2. *Territorio MEC*: Se refiere a las diez comunidades autónomas que, en aquel momento, aún dependían del Ministerio de Educación y Ciencia (MEC) para la gestión de sus competencias educativas, antes de la transferencia de dichas competencias a nivel autonómico.

Todo esto es hoy historia lejana, pero ECCA sigue presente porque con el cambio democrático y autonómico se institucionaliza, rompe fronteras canarias y se extiende a otras comunidades y a distintos países extranjeros. En esta fase, en la década de los ochenta, en la primera legislatura autonómica. Así, ECCA pasa de ser una emisora local a ser un proyecto más institucional, y me convertí en corresponsable de su crecimiento, con la creación de la Fundación Canaria. Hablar de la historia de ECCA es hablar, necesariamente, de la historia de la educación en Canarias.

Catorce años después del nacimiento de Radio ECCA (1965) se aprobó nuestra vigente Constitución, y el estado de la educación pública había empeorado en Canarias. Durante el último siglo habíamos tenido la tasa de natalidad más alta de España, lo que exigía la creación de nuevos centros educativos, además de otros factores, como la insularidad y la dispersión de la población rural. La dictadura centralista de la época no mostraba preocupación alguna por el problema. Los primeros Gobiernos democráticos, presididos por Adolfo Suárez, y especialmente tras su visita a las siete islas, mostraron los primeros signos de preocupación, como la creación de algunos nuevos centros educativos.

En agosto de 1982, la aprobación de nuestro Estatuto de Autonomía, acompañado de la ley orgánica de transferencias que nos convertía, de hecho, en una comunidad de vía rápida, asimilándonos a las cuatro históricas, más Andalucía y Valencia, nos permitió asumir todas las competencias en materia educativa en los mismos términos que aquellas.

En junio de 1983 se constituyó el primer Gobierno de Canarias. En esos momentos significaba poco más que el nombre, pero éramos conscientes de que teníamos el instrumento capaz de comenzar a superar las diferencias territoriales y empezar a construir la igualdad de las personas, evidentemente no en lo económico, pero sí en los cimientos de una sociedad democrática. Sin ella no hay libertad ni desarrollo del ser humano. La educación, para nosotros, es el pilar básico para el avance de los pueblos. Por ello, un mes más tarde, el 28 de julio, el Real Decreto 2091/1983 traspasó las competencias educativas a Canarias. En septiembre se inauguró el nuevo curso escolar. Contamos con un consejero excepcional, Luis Balbuena, capaz de formar un equipo competente y lleno de vocación y entusiasmo. A la par de la negociación, había que definir un proyecto educativo integral para Canarias. Hasta entonces, los problemas se iban resolviendo sin planificación, y las delegaciones provinciales del Ministerio actuaban sin coordinación. En menos de dos meses se tuvieron que adoptar muchas decisiones, y hay que reconocer que encontramos una excelente respuesta del profesorado, especialmente de los maestros.

Conviene que las generaciones actuales sepan los limitados recursos de los que disponíamos, ahora que se ha convertido en excusa para el Gobierno de la nación y en algunos territorios para tratar de justificar los recortes. La metodología de las transferencias fue siempre la misma: se transfiere lo que hay. Tantas plazas de plantilla, tantos gastos de mantenimiento y ni una peseta más. Hasta 1987 no se estableció el primer plan de financiación para las comunidades autónomas. Intentar romper el criterio explicado del coste efectivo

solo alargaba la negociación sin obtener más dinero. No olvidemos que, en los primeros diez años de la democracia, España vivió una fuerte crisis económica con tasas de inflación anual cercanas al treinta por ciento del IPC. El Pacto de la Moncloa de 1977 fue la respuesta solidaria de todas las fuerzas políticas para su lenta superación.

A pesar de la insuficiente financiación, se implementó un programa de política educativa cuyo objetivo central era combatir las notables desigualdades detectadas. Los estudiantes de las ciudades o de las islas capitalinas no tenían las mismas oportunidades que aquellos de zonas más alejadas. Por ello, era necesario garantizar, lo antes posible, un puesto escolar público, digno y de calidad para cada niño o niña en todos los rincones de las islas.

La situación de la formación profesional (FP) era crítica. Había sido desarrollada de manera desordenada, sin planificar las especialidades de acuerdo con las necesidades del mercado laboral.

Se recurrió a habilitar centros en dobles y triples turnos en las zonas donde el crecimiento poblacional había sido más intenso. Al mismo tiempo, se diseñó con rigor un plan de construcción de centros escolares. Aproximadamente 67 000 alumnos, un poco más de un quinto de la población en edad de escolarización obligatoria, se encontraban en malas condiciones educativas, ocupando centros donde se habían adaptado todo tipo de espacios, como garajes o salones, con un número insuficiente de docentes y aulas prefabricadas en estado de deterioro. Por citar un ejemplo, las instalaciones de Chipude, en La Gomera. En total, se construyeron 330 nuevas infraestructuras, incluidas ampliaciones de centros antiguos, lo que supuso 2 655 nuevas unidades educativas y 105 420 plazas escolares. Los proyectos se encargaron a arquitectos de las islas, tratando de adaptarlos al entorno, y el equipamiento dio vida a las empresas canarias de mobiliario escolar, que estaban al borde de la desaparición porque el centralismo había fomentado a la competencia peninsular.

Para la formación de las personas analfabetas, cuyos mayores índices se daban en los adultos de más de 45 años, solo existían tres centros, todos en la isla de Tenerife. Se puso en marcha un plan de centros de adultos para homogenizar la oferta a esas personas. Se pasó de 13 a 95 profesores destinados a estos centros, sin contar con los 55 destinados a Radio ECCA. Este plan se complementó con programas de educación compensatoria desarrollados especialmente con los más jóvenes y pensando en la recuperación de las zonas más marginadas o desfavorecidas.

Para el mantenimiento y reforma de los viejos colegios y escuelas, atribuidos tradicionalmente a los ayuntamientos y padeciendo estos una notable carencia de recursos, se puso en marcha el conocido como Convenio 80-20, donde la parte principal la ponía la Consejería. La etapa preescolar cubría entonces los 4-5 años de edad. Mientras que la media nacional se situaba en el 84%, aquí estábamos en el 56,8%, y era inexistente en algunas zonas. Convencimos al Gobierno de la nación, que comprendió nuestros argumentos y aprobó una cantidad específica en los presupuestos generales del Estado de 1985. En dos años se superó la cifra media nacional.

No es posible detallar aquí el tratamiento inclusivo de la educación especial, ni la aplicación de la LODE con la creación de los consejos escolares, el apoyo a la formación del profesorado mediante la implantación de centros de profesores, o la elaboración de materias didácticas específicas sobre distintos aspectos de Canarias: vulcanología, flora, deportes, geografía e historia, y cultura prehispánica, entre otros. Se promovió una amplia red de comedores escolares, que por primera vez en España incluyó la figura del vigilante de comedor, liberando al docente de esta tarea. El presupuesto destinado pasó de 441 millones de pesetas en 1983 a 1289 millones en 1986, y los centros se incrementaron de 146 a 216. También fue pionera en España la creación de la figura del administrativo de los centros, funciones que hasta entonces habían sido asumidas por el personal docente.

En el área de personal, el esfuerzo no fue menor. La plantilla transferida en el verano de 1983 estaba compuesta por unos 13 000 docentes, que se encontraban en situaciones jurídicas muy diversas, y fue necesario reordenarla para superar la conflictividad latente. En cuatro años, la plantilla se incrementó en 3130 puestos de trabajo.

La situación de la formación profesional, como queda dicho, era crítica. En aquel entonces, los estudiantes estaban obligados, a los 14 años, a optar por la formación profesional si no aprobaban la EGB. El 51% del alumnado elegía la especialidad de Administrativo, y el 30,5%, la de Electricidad. Solo en tres centros se impartía alguna enseñanza relacionada con el turismo, y para 1987 ese número había aumentado a nueve. Hoy resulta sorprendente que no existiera ni una escuela de idiomas en el momento de producirse las transferencias de competencias.

El presupuesto destinado a los gastos de mantenimiento y gestión de los centros de formación profesional pasó de 73 millones de pesetas en 1983 a 205,5 millones en 1987. Tras visitar, escuchar y analizar los problemas educativos de todos los municipios, se elaboró el primer mapa escolar de Canarias.

¿Cuál fue la actitud de la comunidad educativa, de padres, docentes, sindicatos, oposición política? Obviamente, hubo de todo. Los sindicatos habían renacido después de los cuarenta años de dictadura, y como no se habían celebrado elecciones entre el personal, se centraban más en buscar afiliados a través de la presión corporativa sobre algunos asuntos que en asumir la dimensión global del verdadero problema que he descrito.

La oposición política fue exigente y correcta, y debemos reconocer que la mayor parte de las decisiones adoptadas y las iniciativas puestas en marcha han sido respetadas por los sucesivos Gobiernos, pese a no ser de la misma ideología política. Se puede decir que fue un pacto por la educación que no llegó a escribirse.

No puedo abordar el presente y futuro de nuestra educación sin antes explicar de dónde provinieron los recursos financieros, retomando el tema de las transferencias. Nos otorgaron las competencias con el coste efectivo de los servicios, pero nuestros recursos propios representaban solo el 6% de lo que el Gobierno recaudaba a través de nuestro Régimen Económico Fiscal (REF), cuyos beneficiarios eran los cabildos y ayuntamientos. Esto resultaba

claramente insuficiente. Recurrimos a la emisión de deuda pública e, incluso, en 1986 creamos, probablemente, el primer impuesto autonómico sobre los combustibles³. Fue un arduo proceso lograr que el propio Ministerio de Hacienda no nos considerara incompetentes para su implementación. Al final de la primera legislatura, se habían invertido 19347653 millones de pesetas, equivalentes a 116281,736 euros.

La evolución de la educación, desde el principio de nuestra autonomía en 1983 hasta los cambios adoptados, constituye un gran mural histórico que pocos canarios menores de cuarenta años recuerdan. Todas las generaciones posteriores se benefician de estos avances que se implementaron en aquellos años.

Los recortes de recursos transferidos se han impuesto con carácter general. La mayoría de las comunidades autónomas los han asumido sin rechistar. Otras, como la nuestra, se han resistido porque consideran acertadamente que la educación es siempre prioritaria para una sociedad democrática que posee valores y cree en ellos; que sabe que una educación recortada está condicionando su propio futuro, incrementa desigualdades y aumenta la pobreza.

Por eso, si los docentes se jubilan y no hay posibilidad de reponerlos, se reponen. Si la pobreza infantil se incrementa, el número de becarios en los comedores escolares se multiplica y se mantienen abiertos en verano. Si hay necesidad de construir nuevos centros por los cambios poblacionales, se construyen. Y eso es lo que en estos últimos años se hace. Qué alegría me produjo hace unos días ver en un telediario nacional que Canarias, Galicia y Castilla y León son las comunidades con mayor número de plazas gratuitas en los comedores escolares. Los que conocemos y hemos aplicado presupuestos anuales sabemos que los recursos, los ingresos, son limitados y hay que optar y explicar a los ciudadanos que las carreteras, los puertos, las instalaciones deportivas pueden esperar, pero la educación, la sanidad y los servicios sociales no.

Ante esta realidad, por muy próximas que estén las elecciones autonómicas, no es moralmente aceptable oponerse a que en los próximos presupuestos canarios, a propuesta del Gobierno, se eleve el tramo autonómico del IRPF. Los políticos, tanto antes como después de las elecciones, deben asumir que, si queremos mejores servicios de la Administración o recuperar parte del Estado de bienestar de hace seis o siete años, será necesario pagar más impuestos de manera proporcional. No se puede exigir servicios de calidad con un sistema fiscal ineficiente.

La aprobación de la Ley Canaria de Educación No Universitaria es un hito importante. En su exposición de motivos se destaca que la educación, entendida como un proceso de aprendizaje a lo largo de la vida, es clave para una sociedad más culta, justa, crítica y solidaria. El objetivo de la ley es regular el sistema educativo canario para garantizar una educación de calidad, inclusiva

3. Fue el primer impuesto autonómico sobre combustibles en España, creado en 1986 en la Comunidad Autónoma de Canarias. Está regulado por la Ley 5/1986, de 28 de julio, que gravaba los combustibles derivados del petróleo.

y equitativa, como motor del desarrollo social, económico y cultural del archipiélago.

Esta ley fue fruto de un consenso social y político, iniciado con la iniciativa legislativa popular de 2010, el dictamen de la comisión de estudio del Parlamento de Canarias y el acuerdo del Consejo Escolar para un Pacto por la Educación. Estos esfuerzos reflejan la voluntad de la sociedad de alejar la educación de las disputas políticas, modelo que sería ideal a nivel estatal.

Como es una ley ambiciosa, requiere un calendario de aplicación de tres años, en los cuales se abordarán problemas como el fracaso escolar, la generalización del bilingüismo y la mejora de la formación profesional, vinculada al mercado laboral canario. En marzo de este año, el Parlamento canario aprobó una resolución que insta al Gobierno a garantizar la financiación suficiente para alcanzar los niveles de calidad y equidad que demanda la sociedad del siglo XXI, equiparándolos a los de la Unión Europea.

Se requerirán más recursos económicos. Me preocupa que las soluciones dependan del futuro sistema de financiación autonómica, ya que, con la errática política de ingresos del Estado, los cambios podrían ser mínimos. Probablemente solo se logre corregir la deficiente financiación sanitaria.

Canarias disfruta de un amplio diferencial fiscal con el resto de España, logrado a lo largo de su historia. Los Gobiernos canarios deben abordar modificaciones fiscales para aumentar ingresos y solucionar los problemas locales. Sabemos que no hay milagros económicos y que todos debemos asumir esa carga de manera proporcional.

Soy consciente de que habrá críticas, como la afirmación de que un modesto aumento del IRPF ahuyentará a las grandes fortunas de las islas. Este tipo de opiniones solo subrayan que la educación sigue siendo una prioridad.



¡Visítanos!

ecca.edu